Bebés y BILLONARIOS

Jazmín™

Honradas intenciones

Catherine Mann



Bebés y BILLONARIOS

Honradas intenciones

Catherine Mann



Cuenta conmigo

El comandante Hank Renshaw lo sabía casi todo sobre Gabrielle Ballard. Casi todo salvo cómo sería acariciarla porque era la prometida de su mejor amigo. O lo había sido hasta que Kevin murió en el campo de batalla, después de hacerle prometer que

buscaría a Gabrielle. De modo que estaba en Nueva Orleans, en el apartamento de Gabrielle, viéndola darle el pecho a su bebé.

No era el honor ni el sentido del deber lo que hacía que quisiera quedarse, sino el deseo que sentía por ella, así de sencillo; el deseo de tomar a la mujer a la que siempre había amado y, por fin, hacerla suya.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Honradas intenciones, n.º 11 – noviembre 2018
Título original: Honorable Intentions
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2012.

I.S.B.N.: 978-84-1307-058-2
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Nueva Orleans, Louisiana. Mardi Gras

–*Laissez les bons temps rouler!* ¡Qué empiece la fiesta!

Hank Renshaw Jr. escuchaba los gritos mientras se abría paso entre la multitud que flanqueaba la avenida para ver el desfile de Mardi Gras, la popular fiesta de Nueva Orleans.

Pero él no estaba de humor para fiestas.

Debía llevar el mensaje de un amigo que había muerto en Afganistán diez meses antes. Y buscar a la novia de su amigo era una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer nunca.

La determinación de hacer lo que debía hacer lo empujaba mientras se abría paso entre la gente, algunos con sombreros, máscaras o los famosos collares de cuentas de Mardi Gras. Todas las farolas estaban encendidas, iluminando las calles principales de la ciudad por las que pasaba el desfile, con una banda de jazz tocando una canción de Louis Armstrong y la gente de las carrozas tirando collares, doblones e incluso braguitas de encaje sobre la multitud.

No le sorprendía la lluvia de sujetadores. Años atrás, había estado allí y sabía que las fiestas duraban todo el fin de semana y que se animarían aún más, a medida que corría el alcohol. En unas horas, las chicas empezarían a pedir collares de la forma tradicional: levantándose la camiseta.

–¡Tírame algo! –gritó una mujer al paso de una carroza con el rey del desfile montado sobre un caimán mecánico.

–*Laissez les bons temps rouler!* –gritaba el rey, con un fuerte acento francés cajún, el dialecto de Louisiana.

Hank hablaba francés fluido, un pasable alemán y un poco de chamorro del tiempo que su padre estuvo destinado en Guam. Siempre había jurado que no seguiría los pasos de su progenitor y, mientras su padre era piloto, él era copiloto. Pero, al final, había elegido el mismo avión, el B-52. Hank había seguido la tradición familiar al igual que sus hermanas a pesar de contar con una fortuna personal.

Y daría hasta el último céntimo si así pudiera devolverle la vida a su amigo.

Con el corazón encogido, Hank miró la multitud. Solo le quedaba una manzana para llegar al apartamento de Gabrielle Ballard, situado sobre una tienda de antigüedades.

Y entonces, de repente, la vio entre la gente. O, más bien, vio su espalda. No parecía estar allí para presenciar el desfile, de modo que debía volver a su casa, caminando delante de él con una bolsa de flores en la mano y una mochila de tela.

Apresurando el paso, Hank no cuestionó cómo la había identificado. Sabía que era Gabrielle sin ver su cara porque reconocía la elegante curva de su cuello, el brillante pelo rubio que rozaba sus hombros, sus pasos…

Incluso con un jersey ancho que escondía su cuerpo, no tenía la menor duda. Aquella mujer hacía que un pantalón vaquero pareciese un traje de diseño. Tenía un elegante estilo europeo debido a su doble nacionalidad; su padre, un oficial del ejército estadounidense, se había casado con una mujer alemana a la que conoció en una base militar y Gabrielle había ido a Nueva Orleans para hacer un máster.

Sí, lo sabía todo sobre Gabrielle Ballard, desde dónde había pasado su infancia a lo hermosa que era la curva de sus caderas. La había deseado cada día durante un tortuoso año antes de que Kevin y él fueran destinados a Afganistán. El único alivio había sido que entonces estaban destinados al norte de Louisiana, no en la ciudad, de modo que solo se habían visto un par de veces al mes.

A pesar de todo, el código de hermandad entre soldados levantaba un muro entre ellos que Hank no podía escalar. Gabrielle era la novia de su mejor amigo, la chica de Kevin.

Pero su amigo había muerto por los disparos de un francotirador.

Eso no hacía que Gabrielle estuviera disponible, pero sí la convertía en una obligación para Hank.

Gabrielle se ajustó la mochila sobre el hombro mientras atravesaba un grupo de estudiantes frente a la verja de hierro que daba entrada a su edificio. Un chico derramó un poco de cerveza en su brazo y Gabrielle intentó apartarse, pero el joven se interpuso en su camino cuando intentaba abrir la verja.

Hank la vio sujetar con fuerza la mochila mientras miraba al chico con expresión asustada.

El instinto adquirido en la batalla le decía que las cosas podían ponerse feas porque los chavales estaban borrachos, de modo que apresuró aún más el paso. A la luz de la farola, su pelo rubio brillaba como un faro en medio del caos. Las aceras estaban llenas de gente, el estruendo de las carrozas y la multitud que las recibía era tan atronador que sus gritos de ayuda no serían escuchados.

Hank llegó a su lado y puso una mano sobre el hombro del sujeto.

–Deja pasar a la señora.

–¿A ti qué te pasa…? –el borracho dio un paso atrás, mirándolo con los ojos vidriosos.

Gabrielle miró a Hank y lanzó una exclamación. El brillo en sus ojos de color esmeralda decía que lo había reconocido y, de inmediato, sintió una punzada de deseo. La misma que había sentido desde que la vio por primera vez en un desfile militar.

Al verla con un precioso vestido azul, todas las células de su cuerpo gritaron: ¡mía!

Unos segundos después, Kevin se la había presentado como su novia y el amor de su vida, pero el cuerpo de Hank seguía reclamándola como suya.

–Métete en tus cosas, amigo –dijo el borracho.

–Me temo que esto es cosa mía –Hank pasó el brazo por la cintura de Gabrielle, haciendo un esfuerzo para controlar su reacción. –La señorita está conmigo y es hora de que busques otro sitio para ver el desfile.

El tipo miró la cazadora de aviador y decidió que pelearse con un militar no sería buena idea.

–No sabía que fuera su novia, comandante. Perdone.

Comandante, sí. Pero parecía como si el día anterior aún fuese un teniente recién llegado a la unidad. Se sentía anciano, aunque solo tenía treinta y tres años.

–Mientras la dejes en paz, no pasa nada.

–Muy bien –el tipo le hizo un gesto a sus amigos. –Vámonos, chicos.

Hank se quedó mirándolos hasta que fueron tragados por la multitud, preparado y en guardia mientras miraba alrededor.

–¿Hank? –murmuró Gabrielle. –¿Cómo me has encontrado?

El sonido de su voz pareció envolverlo como un lazo de seda. Nada había cambiado, seguía loco por ella. Antes, cuando Kevin y ella estaban prometidos, era terrible. Y en aquel momento, al recordar a su amigo muerto…

Tenía que comprobar que Gabrielle estaba bien, como le había prometido a su amigo, repetirle las últimas palabras de Kevin y luego desaparecer de su vida para siempre.

–Sigues viviendo en el mismo sitio, así que no ha sido difícil –respondió él.

Decidido a controlar sus sentimientos, Hank había acompañado a su amigo a la ciudad dos años atrás…

Una tortura de principio a fin.

–¿Qué haces aquí? No sabía que hubieras vuelto a Estados Unidos –dijo Gabrielle, su ligero acento alemán dándole un toque exótico.

Como si necesitara algo más para dejarlo sin aliento…

Era un veterano de guerra de treinta y tres años y ella hacía que se sintiera como un colegial ante la chica más guapa del colegio.

Los ojos verdes, los altos pómulos, la delicada barbilla en un rostro ovalado, la bolsa de flores en una mano, la mochila colocada sobre el pecho.

–He venido a verte. Deja que te ayude…

–No, gracias –Gabrielle se apartó cuando intentó quitarle la mochila y Hank se dio cuenta de lo que era porque su hermana Darcy tenía una exactamente igual. Era una mochila portabebés.

Y, al ver un piececillo asomando por un lado, descubrió que había un bebé dentro.

Gabrielle había querido ser madre desde niña. Sus muñecas siempre habían sido las mejor vestidas y peinadas del colegio…

Pero entonces no sabía lo diferente que sería ser madre de verdad.

Sin un padre para su hijo.

Un niño enfermo.

Y, de repente, el pasado había vuelto en forma de Hank Renshaw, que bloqueaba el resto del mundo con esos hombros tan anchos bajo una cazadora de aviador. Tan alto, moreno y serio como un héroe de película.

Seguía sin creer que estuviera allí.

Hank.

No, el comandante Hank Renshaw Jr., en medio de la abarrotada calle en Mardi Gras. Solo una cita con el pediatra podía haberla sacado de casa en medio de aquel caos.

No lo había visto desde… el corazón de Gabrielle dio un vuelco, desde que se despidió de Kevin el día que los destinaron a Afganistán.

Y por doloroso que fuera pensar que debería estar celebrando el regreso a casa de Kevin, lo que había ocurrido no era culpa de Hank. Además, su aroma a hombre recién duchado y afeitado borraba el asqueroso olor a cerveza y sudor de la calle.

Qué fácil sería apoyarse en él, buscar su protección. Qué fácil y qué error.

Tenía que ser fuerte, se dijo. Había luchado mucho para liberarse de su protectora familia dos años antes, cuando decidió estudiar en Estados Unidos, y era una madre soltera de veintisiete años que podía cuidar de sí misma y de su hijo. No necesitaba la distracción de un hombre, especialmente en aquel momento. Especialmente aquel hombre.

Y, a juzgar por la expresión horrorizada de Hank al ver el piececito de su hijo asomando por la mochila, no iba a tener ningún problema porque parecía a punto de salir corriendo.

Gabrielle intentó sonreír.

–No puedo creer que seas tú de verdad. Vamos dentro, así podremos hablar. Con este ruido no se pude oír nada. ¿Cuándo has vuelto? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–Regresé ayer a la base –respondió él.

–¿Ayer? –repitió Gabrielle, ignorando la obvia pregunta en sus ojos. –Entonces, debes estar agotado.

Hank la tomó del brazo para llevarla dentro.

–Verte era mi prioridad. ¿Por qué si no iba a venir a Nueva Orleans?

Su hijo le dio una patadita en el estómago.

–Bueno, es Mardi Gras –dijo ella, sacando las llaves. –Podrías haber venido a pasarlo bien, como tanta gente.

–No, he venido por ti.

–Por Kevin quieres decir.

Pronunciar su nombre, incluso diez meses después de su muerte, seguía rompiéndole el corazón y vio el mismo dolor en los ojos de Hank. Qué extraño lazo había entre ellos, conectados por un hombre muerto…

Volviendo la cabeza para esconder las lágrimas, Gabrielle abrió la verja y Hank cerró rápidamente para evitar que alguien entrase tras ellos.

–¿De quién es ese niño, de alguna amiga?

–No, es Max, mi hijo –respondió Gabrielle. Y estaba enfermo, muy enfermo. –Cualquier otra pregunta tendrá que esperar hasta que lleguemos arriba. Ha sido un día muy largo y estoy agotada.

Hank tomó la bolsa de los pañales, que él había creído su bolso, y se quitó la cazadora de cuero para ponerla sobre sus hombros.

Gabrielle había llevado la cazadora de Kevin muchas veces y una debería ser igual que cualquier otra, pero no era así. El calor de Hank parecía tragársela, envolverla.

Kevin y Hank habían volado juntos en un B-52, pero sus temperamentos eran completamente opuestos. Kevin era divertido, burlón, siempre empujándola a dejar sus estudios y vivir la vida. Hank era todo lo contrario: serio, adusto y tan… intenso.

Sus pasos resonaban tras ella mientras subían la escalera que llevaba a su apartamento en el tercer piso. Después de un largo día en el hospital enfrentándose con sus miedos y tomando decisiones sola, tener a alguien a su lado era agradable.

Demasiado agradable.

La cazadora de Hank estuvo a punto de caer al suelo cuando metió la llave en la cerradura, pero la sujetó con una mano mientras abría la puerta.

–Bueno, ya hemos llegado –Gabrielle se quitó los zapatos.

El apartamento era un espacio abierto de techos altos y suelos de madera decorado con cosas compradas en mercadillos. No tenía habitaciones, solo una zona separada por seis escalones que hacía de dormitorio en la que, además de su cama, había instalado la cuna del niño, con un móvil de aviones.

El apartamento le había parecido perfecto cuando hizo realidad su sueño de ir a Estados Unidos para estudiar, pero desde que nació Max era un sitio tan poco práctico que en algún momento incluso había pensado en volver a casa, pero no se decidía. Tenía algo de dinero ahorrado y un salario decente diseñando páginas web…

Pero todo se había venido abajo cuando le dijeron que su hijo había nacido con un defecto congénito en el aparato digestivo y debían operarlo para reparar su válvula pilórica.

–Gabrielle… –la voz ronca de Hank llenaba el apartamento, mezclándose con el ruido de la calle.

–Shh –Gabrielle sacó al niño de la mochila para dejarlo en la cuna y se inclinó para darle un beso en la frente, respirando su delicioso aroma a talco y champú infantil.

Su hijo… haría cualquier cosa por él.

El cansancio desapareció, reemplazado por una nueva determinación y después de cerrar la cortina que separaba la habitación del resto del apartamento, se volvió para mirar a Hank.

–Ahora podemos hablar. Max dormirá otros veinte minutos antes de pedir el pecho otra vez.

Debido a sus problemas gástricos, el niño comía poco y muchas veces al día, pero con suerte la operación solucionaría el problema. Si su frágil bebé sobrevivía a la operación.

Hank dejó la bolsa de los pañales sobre una mesa de pino al lado de la cocina y la cazadora sobre una silla.

–¿Es hijo de Kevin?

Esa pregunta la pilló desprevenida. Y las dudas que veía en sus ojos le dolían más de lo que querría admitir.

Los recuerdos de tiempos más felices la atormentaban. Hank siempre la había ayudado con el impulsivo Kevin…

–Tú me conoces –le dijo. O eso había pensado. –¿De verdad tienes que preguntarlo?

–Entre mis hermanas y mis hermanos, que procrean como conejos, he tenido en brazos a muchos niños y el tuyo parece un recién nacido. Han pasado doce meses desde la última vez que Kevin estuvo aquí –Hank sacudió la cabeza, agarrando el respaldo de la silla. –De modo que no me salen las cuentas.

Tenía razón sobre el tamaño del niño, pero él no sabía nada.

–¿De verdad crees que yo engañaría a Kevin?

¿Y no había sido así?, se preguntó Gabrielle entonces. Aunque

solo fuera de pensamiento.

–No serías la primera mujer que engaña a un hombre al que han destinado fuera del país.

–Pero yo no lo hice –replicó ella, cruzándose de brazos. –Max es pequeño porque está enfermo, tiene estenosis en el píloro. Es un problema digestivo que hay que corregir con una operación.

Hank tragó saliva.

–Vaya, lo siento mucho –murmuró, levantando una mano para apretar su brazo y bajándola sin atreverse a hacerlo. –¿Puedo ayudarte en algo? ¿Necesitas dinero para un especialista?

–No, gracias –se apresuró a decir Gabrielle. –Tengo un seguro médico y no hacen falta especialistas para un bebé tan pequeño. Y, por cierto, Max tiene cuatro meses. Nació ocho meses después de que Kevin se marchase.

–Entonces, estabas en el primer trimestre cuando Kevin murió. ¿No sabías que estabas embarazada?

Ella tragó saliva. No podía ni quería negarlo.

–Sí, lo sabía.

–¿Y por qué no se lo dijiste?

¿Cómo se atrevía a juzgarla o a interrogarla? ¿Cómo se atrevía a estar vivo? Gabrielle decidió canalizar su dolor a través de la ira.

–Sé que eras muy amigo de Kevin, pero mis razones para no contárselo no son asunto tuyo.

Hank apretó los dientes.

–Tienes razón, no es asunto mío.

Esa admisión hizo que a Gabrielle se le pasara el enfado. ¿Pero cómo iba a explicárselo? Entonces estaba asustada, desconcertada, y había retrasado lo inevitable hasta que fue demasiado tarde. De haber sabido que esperaba un hijo, ¿habría tenido Kevin más precaución? No había respuesta para esa pregunta y ella tendría que vivir con el sentimiento de culpa de por vida.

Gabrielle tomó la cazadora del respaldo de la silla y se la ofreció.

–Bueno, pues ya me has visto y has hecho lo que venías a hacer. Es tarde y debes estar agotado del viaje. Y, francamente, también yo lo estoy. Ni siquiera he tenido tiempo de comer.

Un día estresante, aparte del agotamiento de dar el pecho a Max cada dos horas.

–Gabrielle…

–Me alegro de verte, Hank. Buenas noches.

Él tomó su mano.

–He venido a verte como le prometí a Kevin y, aparentemente, he llegado en buen momento. Él hubiera hecho todo lo posible por su hijo y sé que le habría gustado que viviera en un sitio… mejor

que este.

–No recuerdo que fueras grosero –replicó Gabrielle, molesta.

–Y yo no recuerdo que tú estuvieras tan a la defensiva.

–Puede que yo no tenga el dinero de los Renshaw ni vuestros contactos políticos, pero trabajo y gano un salario, así que puedo mantener a mi hijo.

La rabia y la frustración desaparecieron al darse cuenta de que él seguía apretándole la mano, el calor de su piel haciéndole recordar algo que no había sentido en mucho tiempo.

Deseo.

Y en los ojos de Hank vio que él sentía lo mismo.

–Antes has dicho que no habías comido. Deja que pida algo de cena para compensarte por mi grosería.

–¿Quieres que cenemos juntos?

Gabrielle no había compartido una cena con él desde antes de que se fueran a Afganistán.

Desde la noche que besó a Hank Renshaw.

Capítulo 2

Hank vio el recuerdo de ese beso reflejado en los ojos verdes de Gabrielle. Un momento de debilidad que lo había perseguido hasta aquel día.

Ella había ido a la base militar en Bossier City para despedirse de Kevin cuando los destinaron a Afganistán. Pensaban comer juntos, pero en el último minuto la pareja discutió y Kevin se marchó, enfadado. De modo que Hank compró unas hamburguesas y la escuchó mientras Gabrielle le abría su corazón. Había logrado contenerse mientras la veía llorar, pero cuando la abrazó…

Maldita fuera. Aún no sabía quién había iniciado el beso, pero se culpaba a sí mismo.

–¿Piensas pedir una cena por teléfono en Mardi Gras? –preguntó Gabrielle, enarcando una ceja.

–O podemos ir a comer a algún sitio. Tiene que haber una puerta trasera en este edificio, ¿no? –Hank seguía hablando para que no lo echase de allí. –Podríamos ir a algún sitio tranquilo… no creo que el niño pueda dormir con ese estruendo en la calle.

–Esta zona es muy ruidosa, pero Max está acostumbrado.

–Entonces, pediré la cena por teléfono –Hank tiró la cazadora sobre la silla.

–¿Crees que algún restaurante sirve a domicilio en un día como hoy?

Hank no se molestó en responder a lo obvio y ella suspiró.

–Ah, claro, las influencias de los Renshaw.

¿Influencias? Eso era decir poco. Pero usar esas influencias cuando hacía falta era una de las pocas cosas buenas de ser un Renshaw.

–Imagino que hasta yo traería un pedido si me pagaran lo suficiente.

–Pero tienes que marcharte…

Hank sacó su iPhone como si no la hubiera oído.

–¿Qué te apetece? Y no te molestes en decir que no. Sé que no has comido en todo el día.

Gabrielle lo miró, indecisa. Era testaruda y decidida, pero también lo era él, de modo que esperó.

Por fin, ella asintió con la cabeza, un poco más relajada.

–Algo sencillo… y que no sea picante.

–¿Que no sea picante en Nueva Orleans?

Gabrielle rio suavemente y el sonido de esa risa se clavó en su corazón, como siempre. Se había engañado a sí mismo pensando que ya no sentía nada por ella. Porque allí estaba, en su risa.

Hank buscó en su iPhone el número de un restaurante francés al que solía ir su madrastra. La segunda esposa de su padre se dedicaba a la política y los políticos tenían contactos en todas partes.

Una vez hecho el pedido, guardó el teléfono en el bolsillo.

–Ya está. Llegará en media hora.

–Gracias.

–¿Entonces me perdonas por haber preguntado si Max era hijo de Kevin?

La respuesta a esa pregunta era importante. Demasiado importante. La música de jazz, los gritos y ruidos de la calle llenaban el silencio.

–Sí, te perdono –dijo Gabrielle por fin. –Sé que eres una buena persona, aunque un poco dominante.

–Muy dominante –asintió él. La única manera de hacerse un hueco en una familia llena de gente que tenía éxito en todo lo que emprendía. –Pero tienes hambre y estás cansada… deja que cuide de ti un rato.

–¿Tan mal aspecto tengo? –Gabrielle suspiró mientras se dejaba caer sobre un sillón.

Era tan preciosa y tenía un aspecto tan vulnerable que le gustaría besarla… pero se conformaría con cenar a su lado y, con un poco de suerte, descubriría por qué tenía unas ojeras tan profundas.

–Parece que no duermes mucho –le dijo, poniéndose en cuclillas a su lado.

Ella miró hacia la cuna, detrás de la cortina.

–Tengo que darle el pecho a Max muchas veces al día para que pueda guardar algo de alimento.

Había dolor y miedo en su voz, pero no tenía nada que ver con él o con Kevin sino con su hijo.

–¿Cuándo le diagnosticaron el problema?

–Cuando tenía seis semanas –Gabrielle colocó una foto del niño recién nacido con un gorrito de lana. –No engordaba nada y, a los dos meses, los médicos me dijeron lo que tenía. Desde entonces he intentado que engordase un poco para que pudiesen operarlo aún sabiendo que no podía engordar sin la operación…

Con cada palabra que decía, Hank se convencía más de que ir allí había sido lo mejor. Gabrielle lo necesitaba.

–Imagino que has debido pasar miedo al tener que enfrentarte sola con algo así. ¿Tu familia ha venido a verte?

–Vinieron cuando Max nació, pero viven en Europa y no pueden estar aquí todos los días –Gabrielle cruzó los brazos sobre el pecho. –Insisten en que vuelva a casa, pero yo quiero terminar mis estudios y, además, ahora tengo una rutina con los médicos, la universidad y mi trabajo…

–¿Cómo puedes estudiar, trabajar y cuidar del niño al mismo tiempo?

–Diseño páginas Web para grandes empresas, pero lo hago desde casa –Gabrielle señaló el ordenador, sobre una mesa en la esquina. –Y la mitad de mis clases son *online*. Una señora que trabaja en la tienda de antigüedades viene a cuidar de Max cuando yo tengo que ir a la universidad, así que tengo suerte.

¿Suerte? ¿Ser madre soltera y tener que trabajar, estudiar y cuidar de un niño enfermo le parecía una suerte? ¿O era tan independiente que se negaba a admitir que aquello la superaba?

–¿Y los padres de Kevin? ¿Ellos no te ayudan?

Gabrielle irguió los hombros.

–No quieren saber nada del niño. Dicen que es un doloroso recordatorio de su hijo.

Debería haberlo imaginado. Solo había visto una vez a los padres de Kevin, pero le habían parecido unos egoístas, más interesados en organizar sus vacaciones que en su hijo. Y seguramente pensarían que Max era un estorbo.

–Al menos, el niño habrá heredado el dinero del seguro de Kevin –le dijo. En lugar de responder, Gabrielle empezó a acariciar los flecos de un almohadón. –¿No te dieron el dinero del seguro? –preguntó Hank.

–Kevin no sabía de la existencia de Max, de modo que los beneficiarios del seguro eran sus padres.

–Hablaré con ellos. Y si no quieren ayudarte acudiremos a un juez…

–Mi hijo y yo estamos bien –lo interrumpió Gabrielle. –No necesitamos dinero.

Hank entendía mejor que nadie que quisiera hacer las cosas a su manera, pero por eso era la persona adecuada para ayudarla.

–Estás haciendo un trabajo admirable tú sola, no quería insinuar que no fuera así. Solo digo que no puede ser fácil.

–No, no lo es –admitió ella.

–¿Y tus padres?

–Ya hemos hablado de eso, Hank. Max y yo estamos bien.

–Nadie debería tener que cargar solo con algo así. Kevin me dijo que tus padres eran buena gente.

–Lo son y la verdad es que pensé volver a Alemania cuando descubrí que estaba embarazada. Las cosas no son fáciles ahora, es

verdad. Pero cuando termine el máster espero poder darle un buen futuro a mi hijo.

–¿Y esas ojeras?

–Dormiré cuando hayan operado a Max. Entonces no tendré que darle de comer cada dos horas y dormirá de un tirón… –los ojos se le llenaron de lágrimas. –Tengo que creer que va a ser así.

Sus lágrimas le llegaron al corazón, como había ocurrido un año antes.

Hank tomó sus manos, esas suaves manos que una vez habían acariciado su pelo y que ahora tenían las uñas mordidas. No podía dejarla sola, sin nadie que la ayudase.

–Esa es la razón por la que te has quedado aquí en lugar de volver a Alemania, ¿verdad? Al saber que estaba enfermo…

–No podía volver a empezar con análisis y perder un tiempo precioso. Estamos aquí y aquí vamos a solucionarlo.

–Pero no tienes por qué hacerlo sola. Yo tengo un permiso de dos semanas y le debo a Kevin ser… el padre suplente de Max.

¿El padre suplente de Max?

Gabrielle se quedó inmóvil, helada. ¿Quería ser una especie de sustituto de Kevin?

Tal vez se sentía culpable por la muerte de su amigo. Sabía que eso era algo que le ocurría a muchos soldados que perdían a un compañero. Pero no era sano ni para él, ni para ella.

–No sé qué intentas conseguir, pero Max ya tenía un padre y, lamentablemente, ha muerto.

Él apretó sus manos con fuerza.

–Te aseguro que lo sé mejor que nadie –le dijo. –Yo estaba allí.

–¿Cuando murió?

–Sí… –Hank bajó la cabeza para mirar sus manos y Gabrielle sintió el extraño deseo de consolarlo, de abrazarlo y dejar que la abrazase. Los dos habían sufrido por la muerte de Kevin y ese dolor los unía… seguramente los uniría de por vida.

Pero no debía abrazarlo porque si lo hacía se pondría a llorar y la última vez que lloró con Hank habían traicionado a un hombre al que los dos querían mucho.

De modo que hizo un esfuerzo por contener sus emociones.

–Intenté ponerme en contacto contigo un par de veces, pero no podíamos llamar a Estados Unidos a menudo…

–Recibí los mensajes –lo interrumpió ella.

–¿Y por qué no me llamaste?

–Entonces era demasiado doloroso. Pensé que escuchar mi voz te dolería tanto como a mí escuchar la tuya.

–¿Sigues pensando lo mismo? –le preguntó Hank, sus profundos ojos azules clavados en los suyos, esperando, preguntando. Pero

Gabrielle no tenía respuestas y su vida era ya más que complicada con la operación de Max.

–¿Qué haces aquí, Hank? ¿Has venido para retomar lo que dejamos a medias ahora que ha muerto Kevin? Porque si es así, has cometido un error.

Él enarcó una ceja.

–Si tienes que preguntarlo, es que no me conoces en absoluto. Solo estoy aquí por el hijo de Kevin.

–Pero si no sabías que tuviera un hijo –le recordó ella.

Hank se levantó y empezó a pasear por el apartamento que Gabrielle había decorado con tanta ilusión.

–Kevin quería que te diera un mensaje.

–¿Un mensaje? –repitió ella, sintiendo que se le erizaba el vello de la nuca.

–Yo estaba con Kevin cuando murió, ya te lo he dicho. Estuve a su lado hasta el final.

Gabrielle se levantó, intentando hacerse fuerte para revivir la angustia que había sentido cuando Kevin murió, cuando tuvo que dar a luz sola.

–¿Qué dijo?

–Que nos perdonaba.

Capítulo 3

Gabrielle lo miró, tan sorprendida como él cuando Kevin pronunció esas palabras. Después de la terrible e inesperada emboscada, en medio del olor a pólvora y a muerte, Kevin le dio a entender lo impensable: que sabía que Hank y Gabrielle sentían algo el uno por el otro.

Ella abrió y cerró la boca varias veces, llevándose una mano al corazón.

Le gustaría abrazarla, consolarla, hacer algo, ya que no era capaz de encontrar las palabras adecuadas. Pero él no estaba acostumbrado a esas cosas, él era un hombre de acción.

Un gemido a su espalda lo detuvo.

–Max –murmuró ella, pasando a su lado.

Gabrielle apartó la cortina y sacó a su hijo de la cuna. El pobre niño era tan pequeño que daba miedo.

Colocándose a Max sobre el hombro, Gabrielle le dio unas palmaditas en la espalda.

–Tengo que darle el pecho y cambiarle el pañal.

–Sí, claro. ¿Necesitas ayuda? Con todos los sobrinos que tengo, no soy un inepto total.

–A menos que seas capaz de darle el pecho, no creo que puedas hacer mucho –bromeó ella.

Hank tomó su cazadora de la silla.

–Esperaré abajo.

–Llévate las llaves… están en ese carrito.

–Muy bien –asintió él. –Volveré en veinte minutos más o menos.

Hank bajó al portal y vio la cola del desfile perdiéndose a lo lejos, la gente siguiendo las carrozas o dispersándose por la calle. Alguien había tirado un par de collares de cuentas y una máscara por encima de la verja y se inclinó para recogerlos.

Gabrielle debería vivir en un sitio más seguro, pensó. Ya tenía suficientes problemas cuidando de un bebé enfermo como para tener que preocuparse de que alguien saltara la verja una noche. Era un edificio agradable, pero nada seguro… y él pensaba hacer algo al respecto.

Hank se apoyó en la pared, sacó el móvil y marcó un número de teléfono.

–¡Hank, qué sorpresa! –lo saludó su hermanastro, Jonah Landis. El más joven de sus hermanastros restauraba edificios históricos por

todo el país e incluso fuera del país. Qué él supiera, había restaurado al menos un par de castillos europeos. –Bienvenido a casa.

–Gracias, también yo me alegro de estar de vuelta.

–¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

–En realidad, por eso te llamo. Estoy de visita en Nueva Orleans, buscando un sitio en el que alojarme.

–¿Qué necesitas?

Privacidad sobre todo. Su padre era un general retirado que, después de formar parte de la cúpula del Ejército durante años, se había convertido en asesor para un canal de televisión. Su madrastra, Ginger Landis Renshaw, era una antigua secretaria de Estado convertida en embajadora.

Su familia no había sido siempre tan influyente y, en cualquier caso, él siempre había vivido una vida espartana, invirtiendo bien su dinero. Podría retirarse, pero la vida militar era importante para Hank. Ni siquiera su familia sabía cuánto dinero tenía, solo que sus inversiones le permitían vivir cómodamente, de modo que no les extrañaba que pudiera permitirse algunos lujos.

Normalmente no gastaba dinero a lo loco, pero necesitaba un sitio tranquilo; un sitio en el que Max pudiera recuperarse después de la operación y donde Gabrielle tuviese ayuda antes de caer extenuada.

–Creo recordar que estabas restaurando una casa en Nueva Orleans cuando me destinaron a Afganistán.

–Sí, es verdad, una mansión histórica en lo que llaman Distrito Jardín. Es una casa de estilo italiano…

–¿Y está terminada?

–Sí, claro.

–¿Tiene un buen sistema de seguridad?

–Lo instalamos la semana pasada y hasta tiene muebles para que los posibles clientes se imaginen viviendo allí.

Sonaba perfecta.

–¿Podrías alquilármela durante un par de semanas?

–¿Por qué buscas una casa en lugar de un hotel?

–Los hoteles son ruidosos.

–Ah, muy bien. Bueno, ya sabes que lo que es mío es tuyo.

–Insisto en pagar el alquiler.

–Venga, hombre –Jonah hizo una pausa. –¿Por qué me has llamado a mí? Cualquiera de los amigos de mi madre o de tu padre podrían haberte buscado una casa.

–Ginger se habría enterado y me habría hecho preguntas.

–Ah, ya veo, hay una mujer –dijo Jonah, riendo.

No tenía por qué negarlo. Pero si su madrastra se enteraba de la

existencia de un bebé, aunque no fuera nieto suyo, iría corriendo a Nueva Orleans.

–Quiero que todo sea muy discreto. Lo último que necesito es a la prensa o a nuestra familia incordiándome.

–Lo entiendo –dijo Jonah. Claro que lo entendía. La mujer de Jonah Landis era la hija ilegítima de un rey depuesto y la privacidad era algo fundamental para ellos. –Puedo decirle al agente inmobiliario que te lleve la llave ahora mismo.

–No quiero molestar a nadie en Mardi Gras, me pasaré por la agencia mañana.

–Muy bien, entonces sigue de fiesta. Le llamaré para decirle que irás a la agencia mañana.

–Te lo agradezco mucho, Jonah.

–Somos familia, aunque tú te escondas de nosotros. Y me alegra mucho saber de ti, Hank.

Eran familia, sí. Su padre y su segunda esposa, Ginger, habían logrado eso tras la muerte de sus respectivos esposos.

Hank miró la escalera de hierro que llevaba al apartamento de Gabrielle. Ella necesitaba ayuda con Max, como Ginger y su padre habían necesitado ayuda con sus hijos.

Y la quisiera o no, iba a tenerla.

Gabrielle masculló una palabrota al golpearse la rodilla con el lavabo en su prisa por quitarse la ropa. Hank volvería en cualquier momento con la cena y tenía que lavarse después de darle el pecho a Max.

Ningún hombre soltero querría saber nada sobre vómito infantil y no tenía tiempo para ducharse, pero al menos sí podía lavarse un poco y cambiarse de ropa.

Aunque no era su aspecto lo que le importaba. Lo importante era que iba a comer con otro adulto por primera vez desde que nació Max. Aunque debía recordar que aquello no era una cita. Solo una cena con un viejo amigo.

Estaba hecha un asco, pensó, mirándose al espejo. Por mucho que se cepillase el pelo, no tenía arreglo. Era una madre soltera que llevaba sujetadores de lactancia y olía a leche materna. Y ella no quería cambiar eso.

Aunque, de alguna forma, Kevin le hubiera dado permiso para enamorarse de su mejor amigo.

Que hubiera sabido lo que sentía por Hank la hacía sentir como una estafadora…

Frustrada, se puso un pantalón negro de gimnasia y una camiseta y tomó un frasco de lavanda. Supuestamente, el aroma de la lavanda era relajante y ella necesitaba calmarse.

Pero se le hizo un nudo en el estómago al escuchar los pasos de Hank. No podía evitarlo, como no podía evitar sentirse culpable por haberle hecho daño al hombre al que había prometido amar durante toda su vida.

Después de guardar el frasco de lavanda en el armario, Gabrielle volvió al salón descalza…

Y se quedó sin aliento al ver a Hank en la puerta. Con la cazadora de aviador y el pantalón caqui podría ser cualquier militar volviendo a casa con su familia. Sin embargo, a pesar de estar medio escondido entre las sombras, jamás lo confundiría con ningún otro.

Un ruido de cubiertos interrumpió sus pensamientos y, al darse la vuelta, vio a un camarero poniendo la mesa: platos de porcelana, copas de cristal y hasta una rosa en un jarroncito. Aquello no tenía nada que ver con el sándwich y el vaso de leche que ella pensaba tomar.

Hank apartó una silla para ella y el camarero abrió una botella de vino con una etiqueta de Burdeos, pero Gabrielle puso la mano sobre su copa.

–No, gracias. Estoy dándole el pecho a mi hijo.

El hombre asintió con la cabeza y le sirvió un vaso de agua mineral mientras Hank se sentaba frente a ella.

–No sé lo que es, pero huele de maravilla –dijo Gabrielle cuando el camarero se marchó. –Y debo admitir que cuando se trata de pedir comida a domicilio, eres el mejor.

–¿El niño se ha dormido?

Estaba un poco inclinado hacia ella, como si quisiera respirar su perfume. ¿O era su imaginación?

En cualquier caso, tenía que ordenar sus prioridades. Lo primero era Max y, por él, necesitaba comer para reunir fuerzas.

–Sí, se ha dormido. No despertará hasta dentro de una hora y media más o menos.

–Debes estar agotada.

–No soy la única madre soltera en el mundo. Sobreviviré.

Y sobreviviría mejor después de cenar, pensó, mirando el pudín de maíz, la ensalada y la ternera a la plancha. De hecho, tenía apetito de verdad por primera vez en varios meses.

Sí, tal vez estaba evitando la conversación con Hank, fingiendo durante unos minutos que no pasaba nada.

Hasta que tuvo que preguntar:

–¿Qué has querido decir con eso de que Kevin nos había perdonado?

Hank dejó el tenedor sobre su plato.

–No parecía saber los detalles, pero sí que sentíamos algo el uno

por el otro. Dijo que lo entendía y que quería que siguiéramos adelante con nuestras vidas.

Gabrielle levantó la mirada, angustiada. Kevin había intuido sus confusos sentimientos por Hank cuando ella se creía capaz de esconderlos.

Discutían mucho antes de que se marchase. Kevin parecía buscar pelea por cualquier cosa y ella había intentado morderse la lengua, pensando que el destino en Afganistán lo tenía alterado… hasta que un día los nervios le jugaron una mala pasada.

Kevin quería que se fuera de fiesta con él, pero Gabrielle estaba nerviosa porque la última vez habían olvidado usar preservativo y le había dicho que estaba cansada de ser la adulta en esa relación. La respuesta de Kevin había sido que saliera con Hank, que según ella era tan maduro…

La pelea había sido producto del miedo que ambos tenían por su nuevo y peligroso destino. Qué triste que después se hubiera dejado llevar por sus sentimientos… unos sentimientos que llevaba meses intentando disimular.

–¿Estás diciendo que Kevin te dio su bendición para mantener una relación conmigo?

–No, no –respondió Hank. –Solo me dijo que te quería, que nos perdonaba a los dos y luego murmuró algo… que sentía no haberte llevado a comer *gumbo* de pollo.

Los ojos de Gabrielle se llenaron de lágrimas. La enormidad de lo que Hank estaba diciendo, de su mera presencia allí, superándola por completo.

–No esperarás que retomemos lo que pasó ese día, ¿verdad? Porque eso sería absurdo. Si has venido aquí pensando que…

–Gabrielle, por favor. Claro que no.

–Me alegra que estemos de acuerdo. ¿Entonces por qué estás aquí?

Hank dejó el vaso sobre la mesa.

–Vine a decirte que Kevin pensó en ti antes de morir y que te quería. Fin de la historia. Pero he descubierto que Kevin tuvo un hijo y eso lo cambia todo.

¿Iba a quedarse por Max?, se preguntó Gabrielle. Eso debería hacerla feliz, ya que su hijo lo era todo para ella.

Hank había dicho que quería ser un sustituto de su padre y, sin embargo, la idea le resultaba extraña.

–Max no cambia nada –le dijo, levantándose de golpe. –Puedes irte cuando quieras. No es hijo tuyo y, por lo tanto, no es tu responsabilidad.

Él se levantó también para tomarla por los hombros.

–Tú me conoces, Gabrielle. ¿De verdad crees que podría

marcharme ahora, como si no hubiera pasado nada?

–Te sientes culpable por ese beso, pero Kevin te perdonó –replicó ella. –Y puedes considerarte absuelto por mí también. Yo instigué ese beso, fue culpa mía, no hay nada más que decir.

Gabrielle intentó apartarse antes de sucumbir a la tentación de echarse en sus brazos.

–Mentira –dijo Hank, entrelazando sus dedos con los de ella. –Lo que pasó esa noche… fui yo. Yo te besé y sigo sintiéndome culpable porque si tuviese la oportunidad, volvería a hacerlo.

Capítulo 4

Hank estaba tan cerca de Gabrielle que su cuerpo despertó a la vida, el deseo que corría por sus venas lo excitaba como nunca. Aunque le gustaría achacarlo a una larga abstinencia sexual, siempre había sido así con ella.

El día que la conoció, él estaba con otra persona; una relación de un año que Hank había roto de inmediato. De hecho, la abstinencia había empezado ese día, casi dos años antes. Y si esperaba mucho más acabaría convertido en un monje.

Teniéndola tan cerca, recordaba todas las razones por las que la había besado aquel día. O, más bien, la única razón: se sentía inexplicablemente atraído por aquella mujer y el deseo de reclamarla como suya no había desaparecido con el tiempo.

La maternidad había acentuado sus curvas y notó que se inclinaba ligeramente hacia él, sus pupilas dilatadas de deseo…

Pero parpadeó varias veces, echando los hombros hacia atrás y, lentamente, apartó las manos de él.

–Hank –murmuró, su acento más marcado que nunca. –Creo que deberías irte.

La decepción de Hank pronto dejó paso a la voz de la razón. La situación era diez veces más complicada que antes y necesitaba tiempo para acostumbrarse a la idea de que tenía un hijo.

De modo que dio un paso atrás. Necesitaba poner distancia en todos los sentidos, pero hablaba en serio al decir que quería ayudarla. Se lo debía a su amigo, se lo debía a ella.

El resto lo decidiría más tarde, cuando estuviera en su hotel, metido en la bañera y con una cerveza bien fría en la mano.

–Estaré aquí mañana a las nueve para ir contigo al hospital.

–¿Cómo sabes que mañana voy al hospital?

–Has dejado una nota en la puerta de la nevera. ¿Van a operarlo pasado mañana?

–Sí –respondió ella. –Pero es mi hijo, Hank, es mi vida. Puedo hacerlo yo sola.

–Sí, ya lo sé –asintió él. Esa era una de las cosas que admiraba de Gabrielle, su independencia. –Pero no tienes que hacerlo sola.

A la mañana siguiente, Gabrielle tomó la bolsa de los pañales con una mano y la mochila portabebés con la otra.

Estaba decidida a marcharse antes de que Hank llegase. Su repentina aparición la noche anterior, sus palabras, el roce de sus

manos, el sonido de su voz, todo había puesto su mundo patas arriba. Y las sábanas en el suelo de la habitación atestiguaban que también lo había visto en sueños.

Primero, llevando una máscara oscura y misteriosa con un fondo de música de blues y envuelto en niebla. Luego era ella quien iba disfrazada, pero su máscara era más sensual, su ropa y sus inhibiciones cayendo al suelo con ella…

No quería volver a verlo. Le dejaría un mensaje en su buzón de voz cuando estuviera en el coche, decidió.

Aquel día iban a hacerle los últimos análisis a Max antes de la operación. En dos días, su hijo sería operado y su vida volvería a la normalidad.

Pero cuando llegó al portal se quedó inmóvil al ver a Hank sentado en uno de los escalones. Aquel día no llevaba su cazadora de Top Gun sino unos pantalones vaqueros, mocasines y gafas de aviador sobre la cabeza.

¿Cómo podía estar tan atractivo a esa hora de la mañana?

–Hank, ¿qué estás haciendo aquí…?

¿Estaba jugando con su iPhone? De repente, sonó una musiquilla de victoria en el aparato y Hank lo guardó en el bolsillo con una sonrisa en los labios.

–¿Estás lista? –le preguntó, levantándose.

Las explícitas imágenes de su sueño la tenían tan nerviosa que no era capaz de llevar aire a sus pulmones, como si él se llevara todo el oxígeno.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí y cómo has abierto la verja? –logró preguntar, intentando disimular su agitación.

–Llevo veinticinco minutos esperando. En cuanto a cómo he entrado, digamos que esto deja bien claro que no es un edificio seguro.

–Sí, eso ya lo sé –Gabrielle suspiró mientras le daba la bolsa de los pañales. –En fin, ya que estás aquí, ayúdame con esto.

–Sí, señora –dijo él, riendo.

El sonido de su risa la desafiaba y la ponía nerviosa al mismo tiempo. La enfadaba que estuviera tan convencido de que podía entrar en su vida sin pedir permiso, pero estaba más enfadada consigo misma por la alegría que había sentido al verlo.

–Mi coche está aparcado a unas manzanas de aquí.

–Mi coche está ahí delante, así que conduciré yo –Hank le quitó las llaves de la mano para abrir la verja.

–Tú no tienes asiento de seguridad para Max.

–Sí lo tengo.

–¿Cómo lo has conseguido? Aún no son las ocho de la mañana y

no hay ninguna tienda abierta. ¿Las influencias de los Renshaw otra vez?

Él la miró por encima de sus gafas de aviador, sus ojos azules brillantes y demasiado atractivos.

–He ido al centro comercial Walmart, que está abierto veinticuatro horas.

–¿Un Renshaw en Walmart? –repitió ella, cerrando la verja.

–Para comprar un asiento de seguridad, sí –respondió Hank, sacando las llaves del coche, un Escalade azul oscuro. Nada demasiado llamativo, un coche de alta gama, pero discreto.

–Muy bonito –reconoció Gabrielle. –Y más cómodo que mi viejo cacharro.

Hacer que se doblase sobre sí mismo para entrar en su cochecito sería absurdo y pelearse por algo tan tonto la pondría en evidencia.

Él abrió la puerta trasera para dejar la bolsa de los pañales.

–¿El asiento de seguridad te parece bien?

–Déjame ver… –Gabrielle asomó la cabeza para comprobar si estaba bien instalado.

–Las fuerzas aéreas me confían un B-52, imagino que tú podrás confiar que sepa leer unas instrucciones.

–Estoy pensando en la seguridad de mi hijo.

Por supuesto, el asiento estaba perfectamente instalado y, después de ponerle el cinturón, le dio un beso en la frente. Su hijo, tan pequeño, tan perfecto. El amor y el deseo de protegerlo se mezclaban con la gratitud hacia Hank, que se había tomado tantas molestias por ella.

–¿Nos vamos? –Hank abrió la puerta del coche, con la ciudad de Nueva Orleans a sus espaldas.

Su aventura. Tenía tantos planes cuando llegó allí. Entonces estaba dispuesta a hacerse un nombre en el mundo de la banca… pero en aquel momento, sólo quería que su hijo se pusiera bien.

–Sí, vamos, antes de que se haga tarde.

Mientras Hank conectaba el GPS para anotar la dirección del hospital, Gabrielle miró a la gente que iba a trabajar, algunos con traje de chaqueta, otros con atuendos menos formales. También había una madre empujando un cochecito, un indigente durmiendo en un portal…

Nueva Orleans era una mezcla de historia, poder, dinero, pobreza y decadencia. Le había parecido diferente antes de que naciera Max… tal vez porque sus planes eran diferentes.

El móvil de Hank, en el salpicadero, empezó a sonar, pero él no respondió.

–No sabía que te gustaran los videojuegos.

Él la miró con una sonrisa en los labios.

–Uno de mis compañeros en la academia militar era un *friki* de la informática.

–¿Y te enganchó a los videojuegos?

–Podríamos decir que sí. Tenía un acceso limitado a Internet, una condición que le impusieron a cambio de no ir a la cárcel por piratear la página web del departamento de Defensa, de modo que se dedicó a los videojuegos.

Gabrielle soltó una carcajada.

–Menudo elemento.

–Sí, es un tipo muy creativo.

–¿Y por qué yo no sabía que habías ido a una academia militar? ¿O que te gustasen los videojuegos?

–Tú y yo siempre… en fin hablábamos de cosas sin importancia.

Siempre habían evitado hablar de cualquier tema serio… hasta ese día en el que ella le abrió su corazón después de pelearse con Kevin porque él quería que vivieran juntos y ella quería un poco de espacio. Kevin había hecho realidad sus sueños y Gabrielle quería tener la misma oportunidad.

Pero no le había contado todo a Hank. Había sido incapaz de contarle, por ejemplo, que Kevin y ella habían olvidado usar un preservativo la última vez que estuvieron juntos o lo frustrada que se sentía porque Kevin siempre quería ir de fiesta. La misma actitud díscola que tanto la había atraído en principio empezaba a molestarle. Estaba cansada de tener que ser siempre la responsable de la pareja.

Pero no podía romper con Kevin justo antes de que se fuera a Afganistán, especialmente sin estar segura de lo que quería. Y aquel día, con Hank, antes de que se diera cuenta estaba besándolo, sorprendida por el deseo que despertaba en ella. Siempre lo había encontrado atractivo e interesante, pero creía tener controlada esa atracción.

Kevin y ella se llevaban bien, se equilibraban el uno al otro. Su sentido del humor era un buen contraste con la seria naturaleza de Gabrielle, que no necesitaba más intensidad en su vida.

Pero cuando Hank concentró esa intensidad en ella, había sido incapaz de resistirse.

Gabrielle se clavó las uñas en las palmas de las manos. Era mejor no recordar el pasado, especialmente aquel día.

–¿Y qué fue de ese compañero friki?

–Cuando cumplió veintiún años abrió una empresa de *software* de última generación.

–Ah, claro, videojuegos.

–Eso es.

–¿Cómo ese con el que estabas jugando? –le preguntó Gabrielle,

intrigada por aquella faceta desconocida para ella. Tal vez nunca la había visto porque cuando estaba con Kevin también él tenía que ser más responsable.

–Sí, es uno nuevo que aún no ha salido al mercado.

–Qué amable por parte de tu amigo dejar que lo pruebes.

–No, en realidad yo soy copropietario de la empresa.

–Ah, ya veo. Otra cosa que no sabía sobre ti.

–No lo sabe nadie y prefiero que siga siendo así. Ya tengo notoriedad más que suficiente con mi apellido.

–¿Y por qué has invertido en esa empresa? No pareces un hombre al que le gusten los videojuegos.

–Soy una persona práctica –respondió él, deteniéndose en un semáforo. –Mi amigo es un genio de la informática y me pareció una aventura interesante. Pero, sobre todo, una buena inversión.

–No sabía que, además de militar fueras también empresario. Pero has arriesgado tu dinero para ayudar a un amigo y, al final, te ha dado beneficios. Eso está muy bien.

–¿Ahora estudias psicología? –bromeó Hank, bajando las gafas de sol por el puente de su nariz para mirarla a los ojos.

–Oye, que eres tú quien ha aparecido en mi vida de repente. También yo tengo derecho a saber algo de la tuya.

Poco después llegaban al hospital y Hank la acompañó mientras le hacían las últimas pruebas a Max para preparar el ingreso. No tuvieron oportunidad de hablar durante el almuerzo, de modo que el día pasaba y Hank no encontraba la manera de convencerla para que se alojase en la casa que había alquilado.

Cada vez que lo intentaba algo lo distraía, como que Max rompiese a llorar cuando la enfermera intentaba hacerle un análisis de sangre.

Al oírlo llorar, había deseado tomar al niño bajo el brazo y salir corriendo del hospital, lo cual era una bobada, porque la enfermera estaba sencillamente haciendo su trabajo y todo aquello era necesario para que Max se pusiera bien.

El niño seguía llorando cuando llegaron al apartamento, de modo que Hank lo sacó del asiento de seguridad y Gabrielle lo siguió, sus ojeras más pronunciadas aquel día. Maldita fuera, necesitaba ayuda para soportar aquello.

Tendría que decírselo directamente, pensó. Y ella diría que no. Y entonces tendría que insistir y Gabrielle se enfadaría aunque él tuviese razón. Pero tener razón no lo consolaba mucho en aquel momento.

Hank empezó a preparar su discurso, y la pelea que lo esperaba, pero al ver que Gabrielle se detenía de golpe miró alrededor,

temiendo que alguien hubiese entrado en el jardincillo, tal vez algún borracho como los de la noche anterior.

¿Cómo podía haber olvidado que estaban en el centro de Nueva Orleans, un lugar estupendo para ir de fiesta, pero también uno de los sitios más inseguro del país?

–¿Qué ocurre? –exclamó, tomándola por la cintura.

–Mira –dijo ella, señalando el agua que corría por los escalones.

Una mujer de unos cincuenta años, con un disfraz de los años veinte, salía en ese momento del portal.

–¿Qué ha ocurrido, Leonie?

–Se ha roto una cañería –respondió la mujer, mirando a Hank con curiosidad. –Pero lo más importante: ¿quién es él?

–Te presento a Hank, un amigo mío –dijo Gabrielle. –Ella es Leonie Lanier. Trabaja en la tienda de antigüedades y me ayuda con Max.

Ah, de ahí el disfraz de los años veinte, pensó Hank. Pero le pareció interesante que Gabrielle no hubiera mencionado su apellido y que no lo hubiera presentado como amigo de Kevin.

–Encantado.

–Lo mismo digo –Leonie se volvió hacia Gabrielle. –Se ha roto una cañería y ha inundado las tres plantas. Tu piso solo tiene el suelo mojado, pero la tienda es una catástrofe.

–¿Han cortado el agua?

–Sí, pero todos los inquilinos tienen que buscar otro sitio en el que alojarse por el momento. En cuanto me lo dijeron me llevé un disgusto por ti… precisamente ahora que van a operar a Max.

Por primera vez en muchos meses, la vida estaba dándole un respiro, pensó Hank. Ya no tendría que pelearse con Gabrielle para que se mudase a la casa.

–No hay ningún problema. Gabrielle puede quedarse conmigo.

–Me iré a un hotel –dijo ella, testaruda hasta el final.

–¿De verdad quieres exponer a tu hijo a los gérmenes que hay en una habitación de hotel? –le preguntó él.

–¿Desde cuándo te preocupan los gérmenes? Si no recuerdo mal, tanto Kevin como tú os jactabais de haber comido insectos durante el entrenamiento en el campamento militar.

–Yo no soy un bebé recién operado.

–¿Estás intentando hacerme llorar?

–¡Estoy intentando cuidar de ti, maldita sea!

Leonie se aclaró la garganta y Hank recordó que estaban en medio de la calle.

–Gabrielle, cariño, todos los hoteles de la ciudad están llenos –dijo la mujer. –Recuerda que estamos en Mardi Gras.

Ella se apoyó en la pared, derrotada.

–Sí, es verdad. ¿Qué vamos a hacer?

–No te preocupes por mí, concéntrate en Max –dijo Leonie, mucho más sutil presionando que Hank.

Él sacó el móvil del bolsillo.

–Para cuando le hayas dado el pecho al niño, tendré una casa alquilada. Y Leonie puede quedarse en mi habitación.

No pensaba tentar a la suerte diciendo que lo tenía todo preparado desde el día anterior.

Gabrielle lo miró, recelosa.

–¿Has hecho que alguien rompiese una cañería?

–Lo habría hecho si fuera necesario, pero hoy el destino se ha aliado conmigo –respondió Hank. Aunque Gabrielle seguía mirándolo con el ceño fruncido. –Sí, bueno, está bien, ya he alquilado una casa. La conseguí anoche y esperaba convencerte para que te mudases allí hasta que Max se hubiera recuperado. Pero te juro que no he tenido nada que ver con el asunto de la cañería.

–No sé si creerte.

–Tu apartamento está inundado, de modo que discutir es una pérdida de tiempo, ¿no te parece?

Gabrielle se apartó de la pared.

–Lo que me parece es que no voy a tener más remedio que aceptar tu propuesta.

Capítulo 5

De vuelta en el Escalade de Hank una hora después, Gabrielle deseó que todo en su vida fuese tan fácil como decidir dónde iba a pasar la noche. Con la operación de su hijo al día siguiente, alojarse en casa de Hank era la única solución.

Afortunadamente, los daños en el apartamento eran mínimos y sus tesoros, las cosas de Max y sus álbumes de fotos, estaban a salvo.

Hank había hecho un par de viajes para llevar al coche su maleta y las cosas del niño…

¿Dónde iría después? ¿Qué haría? Lo pensaría más adelante, decidió. Por el momento, solo pensaría en la operación del día siguiente. Aunque pensar en ello hacía que se le encogiera el corazón.

Esa tenía que ser la razón por la que sus sentimientos estaban tan descontrolados. Cuando hubiesen operado a Max y el niño estuviera bien, sería racional de nuevo.

Hank la llevó al Distrito Jardín, reconstruido después del paso del devastador huracán Katrina. Iba despacio mientras pasaban frente a los históricos edificios y Gabrielle dejó que la paz y la belleza de aquel sitio la calmasen un poco.

Desde que Max nació no había tenido tiempo para hacer rutas turísticas y cuando llevaba al niño a dar un paseo en el cochecito, en general estaba agotada y no podía llegar muy lejos.

Como en aquel momento y aún no era la hora de la comida.

Tal vez debería pedirle que parase en una hamburguesería, pensó. Iba a decírselo cuando él tomó un camino recién pavimentado frente a una casa de estuco rosa con balcones de metal. El jardín, aunque no muy grande, era una parcela en una de las zonas más caras de la ciudad y le hacía justicia al nombre de Distrito Jardín.

Cuando soñaba con ir a Nueva Orleans, aquella era la casa que había imaginado. Siendo hija de un militar estadounidense había crecido por todo el mundo, pero ninguna de las ciudades en las que había vivido era su hogar.

Nueva Orleans estaba llena de historia, de raíces, que era lo que ella quería tener.

–¿Es un hostal? –le preguntó. –Qué buena idea. No sé cómo no se me había ocurrido a mí.

–No es un hostal –respondió él, deteniendo el coche frente a un garaje de tres plazas. –Es una casa que he alquilado.

–Pero no he visto el cartel de la agencia en la entrada.

–Acaban de restaurarla y aún no ha salido al mercado –dijo Hank. –La intención es alquilársela a gente que necesita privacidad: políticos, grandes empresarios, estrellas de cine.

–Pero esto es…

–No es nada, Gabrielle. Tú necesitas un sitio en el que alojarte y yo también, nada más.

–Es muy considerado por tu parte.

–Lo importante es que estés cómoda. Ha sido fácil encontrarla y el precio no tiene importancia, así que no es para tanto.

Gabrielle asintió con la cabeza.

–A veces me olvido de quién es tu familia.

–Gracias –dijo él, con una sonrisa en los labios. –Me lo tomo como un cumplido.

–Lo es, pero esto… –Gabrielle señaló la mansión. –Es demasiado.

–Ya está hecho, así que no tiene sentido discutir. Me quedan diez días de permiso y voy a pasarlos aquí, en esta casa. De modo que o entras conmigo o nos quedaremos en el coche durante una semana y media.

Ella sacudió la cabeza.

–¿Por qué haces que sienta que yo te estoy haciendo un favor cuando es al revés?

Él volvió a ponerse las gafas en su sitio y ese gesto pareció alejarlo de ella.

–Llámalo sentimiento de culpa del superviviente. Es un asco.

Qué situación tan triste lo había llevado allí, intentando hacer lo posible por Max cuando los recuerdos de Kevin debían ser tan dolorosos para él.

–Sí, es verdad –murmuró Gabrielle. –Es verdad.

Media hora después, Gabrielle dejaba el asiento de Max en el suelo y se apoyaba en la pared de su dormitorio.

Aunque la palabra dormitorio se quedaba corta para describir tan lujosa habitación. Afortunadamente, no era una suite moderna, ya que habían querido mantener la integridad de la antigua mansión sureña.

Agradeciendo tener un poco de espacio para pensar antes de volver a ver a Hank, Gabrielle dejó el asiento de seguridad al pie de la cama de matrimonio, entre dos ventanales. Las sábanas de lino azul eran tan invitadoras que le daban ganas de echarse una siesta.

El sofá tapizado en color amarillo, las alfombras persas sobre brillantes suelos de madera que conservaban las marcas del

tiempo… la belleza de aquel sitio estaba en cómo se habían mantenido sus imperfecciones para que la casa pareciese restaurada y no reformada del todo.

Por lo que había visto, tenía pocos muebles; una antigua mesa en el comedor y un espejo con marco de pan de oro en el pasillo. En el cuarto de estar había un sofá, un par de sillones y dos apliques en la pared, sobre la chimenea. Y, frente a los enormes ventanales, las alegres cortinas daban una nota de color a las paredes pintadas de blanco.

Pero estaba claro que Hank había pedido muebles adicionales para su estancia allí. En la habitación de Max, conectada con la suya por medio de una puerta, había una cuna, un moisés, un cambiador, una mecedora… y era casi seguro que nada de eso había estado allí un día antes.

Aparte de los muebles, se había encargado de comprar cosas prácticas, como pañales, mantitas y hasta un monitor. Y la mesa de caoba al lado del sofá era en realidad una mini-nevera con agua mineral, leche y zumos de todas clases.

Siempre había sabido que Hank provenía de una familia rica e influyente, pero debía reconocer que jamás se jactaba de ello. Y, desde luego, jamás había mencionado su inteligente inversión en una empresa de videojuegos, de modo que aquel lujo la pilló por sorpresa.

Y también la emocionó que se preocupase tanto por ella y por su hijo.

Debía admitir que estaba encantada de poder vivir unos días en aquella preciosa casa, en la ciudad de sus sueños.

Con la ayuda de Hank, también tuvo tiempo para darse un largo baño de espuma en lugar de la ducha rápida a la que estaba acostumbrada y dejó escapar un gemido de alegría al ver la bañera con patas en forma de garras de león. Acababa de desnudarse cuando le sonó el móvil en el dormitorio.

–Maldita sea –murmuró.

Envolviéndose en una gruesa toalla de algodón, volvió a toda prisa al dormitorio pensando que podría ser una llamada del hospital. Intentando que no se le cayera la toalla, buscó el móvil en la bolsa de los pañales y, por fin, localizó el aparato.

Y, al ver el número de su madre en la pantalla, dejó escapar un gemido de alivio y de frustración a la vez porque imaginaba que, de nuevo, intentaría convencerla para que volviese a casa.

–Hola, mamá –respondió, en alemán.

–¿Por qué no estás en tu apartamento? He llamado varias veces, pero no contestabas. Pensé que alguien había entrado a robar…

–Estoy bien, mamá. Nadie ha entrado en casa para robar mi

vieja televisión o mi bisutería barata –bromeó Gabrielle.

Aunque sí tenía el anillo de diamantes que Kevin le había regalado guardado en una caja, esperando que algún día Max se lo regalase a su futura esposa.

–Si no te tiene secuestrada algún criminal es que has estado fuera de casa todo el día. ¿Qué ha pasado, se te ha estropeado el coche?

–No, mamá.

–Tú sabes que tu padre podría ayudarte con ese tipo de cosas si vivieras aquí.

Gabrielle miró alrededor y pensó en lo complicado que sería explicarle a su madre qué hacía allí. Especialmente cuando no sabía cómo explicarle su relación con Hank.

–Lo siento, es que no podía contestar al teléfono. Estaba ocupada con Max.

–Nunca has sabido mentir, hija.

–Ya no tengo diez años –protestó Gabrielle, dejándose caer sobre la cama. –Se ha roto una cañería en mi edificio y hemos tenido que desalojarlo.

–¡Ay, Dios mío, precisamente ahora! ¿Dónde estás?

Su madre seguía sintiendo la necesidad de saber todo lo que hacían sus cinco hijos, como si de ese modo tuviese más control sobre un mundo que resultaba incontrolable.

Y, en cierto modo, Gabrielle lo entendía. También ella quería controlar su propia vida.

–Estoy en un hostal.

Con un poco de suerte, en aquella ocasión la mentira pasaría desapercibida.

–¿Un hostal? Ah, bueno, entonces me quedo más tranquila. Recuerda que prometiste llamarme mañana, en cuanto hayan operado a Max.

–Pues claro que sí –dijo Gabrielle. Siendo madre ella misma, podía imaginar el miedo que tenía su madre. –Sé que también tú estás preocupada.

–Estaría allí si me dejases.

–Gracias, de verdad, pero ya viniste a Estados Unidos cuando nació Max –dijo Gabrielle. Y cuando Kevin murió, pero no quería hablar de eso, especialmente aquel día. –Todo va bien, en serio.

Gracias a Hank.

De repente, se sintió culpable por no ser sincera del todo con su madre, que era una mujer asombrosa. Esposa de un militar y madre de cinco hijos, dos de los cuales aún estaban en el instituto, era profesora de matemáticas y tenía que cambiar de colegio cada vez que a su marido lo trasladaban. Su madre era tan perfecta que a

veces la acomplejaba.

Como en aquel momento.

–Gracias por llamar, mamá, pero tengo que hacer algo de cena.

Y ponerse algo de ropa.

–Espera un momento, tu padre quiere decirte hola.

Gabrielle cambió mentalmente de idioma para hablar con su padre, algo que hacía sin pensar desde que era pequeña, mientras imaginaba a su delgada y enérgica madre subiendo la escalera para buscarlo…

–¡Gary! –la oyó llamarlo.

De niña, tenía pesadillas sobre su invencible padre muriendo en la guerra…

Algunas de las exageradas preocupaciones de su madre se le habían pegado, evidentemente. Había crecido debatiéndose entre el respeto que sentía por las personas de uniforme y un desesperado deseo de que su padre se dedicase a cualquier otra profesión.

Hasta su madre lloraba cuando creía que no la veía nadie.

Gabrielle apretó el teléfono con fuerza, cuestionando por primera vez si se había quedado en Nueva Orleans por razones prácticas o porque no quería que su familia la viese llorar.

–Gabby, cariño –escuchó la voz de su padre, fuerte y familiar.

–Hola, papá… –en ese momento sonó un golpecito en la puerta. –¡Espera un segundo!

Sin embargo, la puerta se abrió y Gabrielle se levantó de un salto, sujetando la toalla.

Hank estaba en el quicio, mirándola con los ojos como platos, y al levantar una mano para pedirle silencio, Gabrielle estuvo a punto de perder la toalla, pero afortunadamente la sujetó a tiempo.

–Papá, te quiero mucho, pero tengo que irme… Max me necesita. Prometo llamar mañana en cuanto termine la operación.

–Pero hija…

–Un beso, papá.

Dejando el móvil sobre la cama, Gabrielle sujetó la toalla con las dos manos para mirar a Hank y su cuerpo despertó a la vida al notar cómo la acariciaba con la mirada.

–¿Querías algo?

Él parpadeó un par de veces, como si saliera de un trance.

–No, no. Venía a ver si necesitabas algo.

–Gracias, pero todo está bien. Mucho mejor que bien. Bajaré en cuanto me haya vestido.

Aunque ya no podría darse un baño de espuma sabiendo que él la imaginaría en la bañera y ella estaría pensando en cómo la acariciaba con los ojos.

Después de meses de embarazo y postparto a los que su cuerpo

aún estaba acostumbrándose, no podía negar que su evidente deseo por ella era muy halagador.

Sin embargo, en cuanto cerró la puerta se le doblaron las rodillas.

Hank estaba en el solárium, con un vaso de té helado en la mano, escuchando los sonidos lejanos de la ciudad, que permanecía despierta hasta muy tarde.

Hubiera preferido una cerveza después de ver a Gabrielle apenas cubierta con una toalla. O tal vez varias cervezas, pero debía mantener la cabeza despejada por si necesitaba su ayuda.

Aunque era la una de la madrugada, había luz en su habitación. Debía estar agotada después de despertar varias veces para darle el pecho al niño, por no hablar del estrés de la situación. Pero él había puesto en marcha varios planes para hacerle la vida más fácil durante la recuperación de Max y el niño se recuperaría porque Hank se negaba a aceptar otra cosa.

Tenía que ir a ver cómo estaba, decidió. Le preguntaría por qué no podía dormir y si podía hacer algo al respecto. Gabrielle había estado muy callada durante la cena y se había excusado enseguida para irse a dormir. Pero no estaba dormida, a menos que tuviera por costumbre dejar la luz encendida, en cuyo caso también él intentaría dormir un poco.

Sólo lograba dormir unas cuatro horas al día… algo que había empezado tras la muerte de Kevin. Se sentía angustiado por la muerte de su amigo, pero eso terminaría cuando hubiera hecho todo lo posible por ayudar a su hijo, estaba convencido de ello.

Aunque una vocecita en su cabeza le recordó que estaba allí tanto por Gabrielle como por el niño Hank subió los escalones de dos en dos y golpeó la puerta con los nudillos un par de veces, pero no obtuvo respuesta. Y no iba a cometer el error de entrar sin avisarla otra vez.

Iba a darse la vuelta cuando la puerta se abrió y Gabrielle apareció totalmente despierta, y afortunadamente cubierta por un albornoz.

Hank apoyó una mano en la pared, inclinándose hacia ella pero sin tocarla.

–¿Va todo bien? Tenías la luz encendida y pensé que tal vez necesitabas algo… un vaso de agua, por ejemplo.

–Hay agua en la nevera –le recordó Gabrielle. –De hecho, hay más cosas de las que necesito.

–¿Y por qué no estás dormida?

–Porque necesitaba abrazarlo –respondió ella, apoyando la mejilla en la cabecita del niño.

–¿Quieres compañía?

Las palabras habían salido de su boca sin que pudiera evitarlas y, aunque vio un brillo de indecisión en los ojos verdes, Gabrielle asintió con la cabeza.

–Si ninguno de los dos puede dormir, tal vez lo mejor sea que nos hagamos compañía el uno al otro.

Cuando se sentó en el sofá, Hank se sentó a su lado y esperó. Antes charlaban durante horas… aunque siempre sobre cosas intrascendentes. La única vez que habían hablado de algo importante, él había cometido el error de besarla cuando debería haberla consolado.

Y, definitivamente, debía ir con cuidado esta vez.

Hank se levantó para sacar una botella de agua mineral de la nevera.

–Todo va a salir bien –le dijo.

–Eso es lo que dicen los médicos, pero nunca se puede estar seguro al cien por cien.

Él volvió al sofá, su rodilla rozaba la pierna de Gabrielle.

–He estado investigando un poco y sé que los médicos que van a operar a Max son los mejores de la ciudad.

–¿Has investigado a los médicos? –exclamó Gabrielle.

–Shh –dijo él, poniéndose un dedo en los labios. –Vas a despertar a Max. Y sí, quería comprobar si eran buenos médicos, pero no te enfades conmigo.

–Querías saber si podías conseguir algo mejor con dinero –replicó ella.

–¿Y eso es malo? ¿Me habrías dicho que no aunque eso significase tener el mejor tratamiento para tu hijo?

–¿No crees que ya me había informado? –le espetó Gabrielle. –Si me hiciera falta dinero, lo habría suplicado, lo habría pedido prestado o robado para que el niño tuviera los mejores cuidados. Agradezco lo que has hecho, pero Max es mi hijo.

–Sé que no es mi hijo, Gabrielle, pero es mi último lazo con Kevin y eso tiene que significar algo.

Tú significas algo.

No lo había dicho en voz alta, pero las palabras quedaron colgadas en el aire.

Gabrielle alargó una mano para tocarle el brazo.

–Me cuesta aceptar que la gente haga cosas por mí. Mi madre es una mujer extraordinaria en todos los sentidos y yo… en fin, me cuesta un mundo que Max y yo estemos duchados y vestidos a las nueve de la mañana.

–Estabas muy guapa y muy limpia esta mañana –dijo Hank, de nuevo sin pensar. –Y olías muy bien. No creo que tengas ningún

problema.

Ella sonrió.

–No tengo ningún problema para ducharme, el problema es hacerlo y atender a mi hijo a la vez. Y huelo a lavanda, se supone que es un aroma relajante.

Hank sonrió también, aunque imaginarla desnuda bajo la ducha lo estaba matando. Y el aroma a lavanda no le parecía en absoluto relajante, al contrario.

Le gustaría abrazarla, consolarla, convencerla de que todo iba a salir bien. De hecho, le gustaría tenerla entre sus brazos durante las siguientes doce horas, hasta que todo hubiera pasado.

–Tú también vienes de una familia asombrosa… ¡tu madrastra fue Secretaria de Estado! No los conozco, pero he oído hablar mucho de ellos. Y luego están todos esos hermanastros…

–¿Entiendes ahora por qué me escondo en Louisiana?

–Ah, claro –Gabrielle le hizo un guiño, recordándole a la simpática chica que había conocido dos años antes. –¿Y tu madre? Nunca te he oído hablar de ella.

–No la recuerdo mucho. Murió cuando yo era muy pequeño.

–¿Y qué más?

A Hank no le gustaba hablar de su infancia porque pensar en ello no cambiaba las cosas, pero si eso era lo que Gabrielle quería… En realidad, habría caminado sobre cristales rotos si así la ayudaba a pasar la noche.

–Hace años, mi hermana mayor hizo un álbum con todas las fotografías familiares que guardábamos… y la verdad es que no sé qué recuerdos son reales y cuáles creados por esas fotos.

–Pero eso no importa, ¿no? Lo que hizo tu hermana es muy bonito. Quería que recordaseis los momentos que habíais pasado con vuestra madre.

–Sí, lo sé –asintió él. –Es mejor tener esos recuerdos que no tener ninguno. Aunque, por alguna razón, mis hermanas la recuerdan mejor que yo.

Pero Max no tendría recuerdo alguno de su padre, pensó entonces. Si los padres de Kevin no querían saber nada de su nieto, solo él podría hacerlo. ¿Quién más podría hablarle de la carrera militar de su padre, de cuánto le gustaba pilotar un avión?

–¿Qué recuerdas, además de esas fotos?

–Recuerdo su voz cuando me leía cuentos. No recuerdo qué cuentos eran, pero sí el sonido de su voz…

–Es un recuerdo muy bonito –Gabrielle tomó su cara entre las manos, sus ojos llenos de compasión por él a pesar de sus propios problemas. –Al menos, tienes eso.

–Y a Max le dará igual si estás arreglada y duchada a las nueve

de la mañana. Cuando piense en su madre, pensará en tu voz, en el cariño que le dabas.

Sin darse cuenta, estaban uno en brazos del otro.

Gabrielle tenía razón: no podía prometer que todo iba a salir bien, pero sí podía abrazarla durante el tiempo que hiciese falta.

Capítulo 6

A medida que pasaba la mañana, Gabrielle agradecía más la presencia de Hank, que estaba a su lado en la sala de espera desde que se llevaron al niño al quirófano una hora antes.

Había estado con ella toda la noche y su compromiso y su afecto la envolvían como un abrazo.

¿Por qué podía relajarse en presencia de Hank, pero no con su propia familia?

Estaba tan decidida a enfrentarse a la vida ella sola… pero no podía negar que Hank era un gran apoyo. No quería ni imaginar lo que hubiera sido estar sola en la sala de espera, sin tener a nadie que le hiciese compañía.

Gabrielle apoyó la cabeza en su hombro.

–Debías tener planes más interesantes para tus vacaciones que pasar horas en la sala de espera de un hospital –le dijo.

Él esbozó una sonrisa.

–Mis planes consistían en comer y dormir, así que no hay ningún problema.

–¿Qué te gusta comer? –insistió Gabrielle, por hablar de algo. Había sido tan difícil ver cómo se llevaban a su hijo al quirófano que no quería ni pensar en ello.

–Cualquier cosa que no esté preparada por un cocinero militar –respondió Hank. –Y café de verdad.

–Estoy de acuerdo contigo. Yo estoy deseando tomar un expreso, pero por ahora no puedo porque la cafeína no es buena para el bebé.

–Ah, claro, es verdad. ¿Qué más cosas vas a hacer cuando Max esté sano y fuerte?

–La verdad es que no lo sé. Mirar hacia el futuro me da un poco de miedo.

–Pues tendrás que hacer planes cuando Max esté sano –Hank le apretó un hombro, atrayéndola hacia él. –¿Por qué no empezamos a hacerlos ahora mismo? Es bueno ser positivo.

–Sí, es verdad.

–¿Qué te apetece hacer?

–Te reirás si te lo cuento.

–¿Reírme de ti? No, en absoluto –respondió él.

–Mis deseos no son ambiciosos como los de tu familia.

Hank la tiró del pelo.

–¿Es que aún no te has dado cuenta de que yo soy la oveja negra de mi familia?

–Eso no es verdad.

–Bueno, si no la oveja negra, al menos completamente diferente a los demás. Yo prefiero pasar desapercibido.

Por lo que sabía de él, era cierto. Hank Renshaw era un hombre con valores y siempre le había gustado su falta de pretensión.

–Me gusta hacer cosas que no tienen nada que ver con mis estudios –dijo Gabrielle. –Cosas manuales, nada que ver con modernas tecnologías.

–¿Por ejemplo?

–Álbumes.

Hank frunció el ceño.

–¿Álbumes de fotos?

–¿Tan raro te parece? –bromeó ella.

–No, no me parece raro.

–Siempre me ha gustado guardar recuerdos. Mi familia y yo nos mudábamos tan a menudo que quería tener algo tangible de cada ciudad. Tenía cajas de zapatos llenas de recuerdos y, al final, tuve que organizarlos y etiquetarlos.

–A mi madre le habría gustado eso –dijo Hank, deslizando la mano por su hombro para darle un masaje en el cuello. –Y a mi madrastra también. Ginger tiene montones de álbumes. Ahora que lo pienso, también he visto a las mujeres de mis hermanastros con fotos, sellos y cosas así.

–Hacer álbumes se ha convertido en una forma de arte –Gabrielle tuvo que disimular el placer que provocaba el roce de sus dedos.

Afortunadamente, Hank no decía que era guardar basura, como Kevin había dicho una vez.

–Seguro que empezaste con esos álbumes cuando nació Max y que tienes uno de Kevin.

–Sí –asintió Gabrielle. Quería esos recuerdos para ella misma pero sobre todo por su hijo. –Y cuando Leonie me dijo que se había inundado el apartamento temí haberlos perdido.

–Pero están bien, ¿no?

–Sí, no han sufrido daño alguno. Los he guardado en una caja.

–¿Qué vas a poner hoy en el álbum?

–La pulserita del hospital de Max y la nota que viste en la puerta de la nevera.

–¿Y tu álbum de Kevin?

Hablar de Kevin le parecía una deslealtad. Aunque era absurdo, ella no estaba engañando a Kevin con Hank.

–Prefiero no hablar de él hoy.

–¿Por qué no?

Gabrielle se inclinó hacia delante.

–Porque me hace sentir incómoda hablar de él cuanto tengo tu brazo sobre mi hombro.

Hank señaló a una pareja mayor.

–Él también tiene un brazo sobre el hombro de ella. Está intentando consolarla, servirle de apoyo. A menos que tú sientas algo más cuando te toco….

Sería tan fácil que el consuelo llevase a una relación física. Pero una cosa era sentir algo por él y otra muy diferente reconocerlo en voz alta.

–¿Eso es lo que tú sientes cuando me pones un brazo sobre los hombros? ¿El deseo de consolarme?

–Eso y mucho más –respondió él, levantando su barbilla con un dedo. –¿Y tú?

Ya no podía mentirle o mentirse a sí misma, pensó Gabrielle.

–Eso y mucho más.

Hank inclinó la cabeza para besarla, un beso suave, apenas un roce de sus labios. Y Gabrielle cerró los ojos, agarrándose a sus fuertes brazos, agradecida de tenerlo allí. Estaba desconcertada, pero no podía pedirle que se fuera.

De modo que se quedó donde estaba, abrazada a él mientras rezaba por su hijo, apoyándose en aquel hombre que había entrado en su vida de nuevo.

El sonido de unos pasos hizo que los dos levantasen la cabeza.

–¿Señorita Ballard? –el cirujano se acercó a ella y, por instinto, Gabrielle agarró la mano de Hank.

–¿Sí, doctor Milward?

–La operación ha ido bien, sin complicaciones…

El hombre siguió hablando, pero Gabrielle apenas lo escuchaba. Aliviada, se dejó caer sobre Hank, un sólido muro de apoyo.

¿Pero durante cuánto tiempo?

La operación de Max había sido un éxito. Todo había terminado y también el papel de padre suplente para Hank.

Durante los dos últimos días, había hecho todo lo posible por ayudarla mientras Max se recuperaba en el hospital. Le había llevado sus sándwiches favoritos porque no quería separarse de su hijo ni siquiera para comer, ropa para que se cambiase porque dormía en un sillón al lado de la cama… aunque sabía que no había pegado ojo. Sus ojeras eran más profundas que antes.

Había querido animarla, hacerle la vida más fácil, pero debía hacer algo más antes de que tuviesen que internarla por extenuación.

Afortunadamente, cuando le dieron el alta a Max, Gabrielle

había vuelto a la casa sin discutir y Hank estaba en la puerta de la habitación, viéndola ponerle un pijamita limpio. La felicidad que había en su rostro casi se había llevado las marcas de cansancio… El amor que había en sus ojos cuando miraba a Max lo cegaba. Era tan bella.

Era… no sabía qué expresión usar y no era una sorpresa. Gabrielle Ballard había puesto su mundo patas arriba de nuevo.

El beso que habían compartido en el hospital había cambiado las cosas… Gabrielle aceptaba su presencia, incluso parecía tan relajada a su lado que mucha gente en el hospital los había tomado por una pareja y eso era algo en lo que debía pensar.

Pero, por el momento, estaba concentrado en intentar que no acabase en el hospital.

Hank golpeó la puerta con los nudillos para indicarle que estaba allí.

–Hola, preciosa.

Ella levantó la mirada y sonrió mientras tomaba el moisés de Max.

–Querrás decir «hola, agotada». Pero no importa, lo importante es que mi hijo está en casa.

¿En casa? A Hank no se le ocurrió corregirla.

–La cena está lista. Y hay un moisés abajo para que no tengas que separarte de Max. A menos que quieras irte a dormir… en ese caso, te subiré la cena.

–Ya has hecho más que suficiente por mí, Hank.

–Mis hermanas dicen que todas las madres recientes merecen ser mimadas.

Ella asintió con la cabeza.

–No sabes cuánto te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero no tienes que hacer esto por Kevin.

–¿Y si no fuera por Kevin?

Gabrielle no se movió, apenas parpadeó, sus ojos clavados en los ojos azules de Hank. Las palabras quedaron suspendidas entre ambos.

–Has dicho algo de la cena…

Estaba evitando el tema y él se lo tomó como una pequeña victoria.

–Sígueme.

Después de atravesar la biblioteca, Hank abrió la puerta del solárium. En la casa de al lado había una fiesta con música en directo.

–Podemos poner a Max en la biblioteca para que no lo despierte la música. Si dejamos la puerta abierta podrás verlo desde aquí.

–Muy bien.

–Dame el moisés, yo lo haré.

El niño era tan pequeño, tan frágil. Siempre había pensado que sus hermanos estaban locos al decir que un bebé tenía los rasgos del padre o de la madre, pero en aquel momento podía ver los ojos de Kevin en los de Max.

Sobre la mesa había un jarrón con flores y una vela cubierta por un globo de cristal para que no se apagase con el viento.

Gabrielle levantó la tapa de un par de bandejas y suspiró al ver pollo al *gumbo* y tartaletas de cangrejo.

–Le he pedido al chef que no pusiera demasiadas especias. Pero hay más cosas en la nevera, por si acaso esto no te gusta.

–¿Hay *muffuleta*? –preguntó ella, refiriéndose al sándwich de salami, mozzarella y aceitunas.

–En un segundo, si eso es lo que quieres.

–No, no, esto me encanta –dijo Gabrielle, mirando alrededor. –En realidad, ¿sabes lo que me gustaría?

–Dímelo y será tuyo –respondió Hank.

–¿Podríamos bailar? –Gabrielle empezó a moverse al ritmo de la música que sonaba en la casa de los vecinos. –La música es preciosa y me parece un crimen no aprovechar la oportunidad.

Al demonio la cena. Hank puso una mano en su espalda e intentó relajarse mientras ella canturreaba suavemente, la vibración de su voz hacía eco en su pecho.

Parecía disfrutar tanto de algo tan sencillo, un baile, un poco de música. Le gustaría poder darle todo lo que quisiera, todo lo que soñase. Se esforzaba tanto para que su hijo tuviera lo mejor…

Y necesitaba un hombre en su vida en el que pudiera apoyarse.

En la casa de al lado, las parejas bailaban, los amigos reían… la fiesta era ruidosa, como las que su padre quería organizar para él, la clase de reunión que Hank intentaba evitar a toda costa.

No quería que su familia lo interrogase sobre Gabrielle. Ni siquiera sabría cómo responder a sus preguntas, aparte de decir que la deseaba y no quería apartarse de ella. Pero no estaban saliendo juntos, no tenían una relación. Gabrielle había amado a Kevin y tenía un hijo con él. Y él no podía evitar sentirse culpable por estar allí en lugar de su amigo.

–Gracias por todo, Hank. Has hecho que fuese más fácil para mí y no sé cómo agradecértelo.

–Para eso estoy aquí –dijo él. En lugar de Kevin, aunque le doliese reconocerlo porque lo que quería era que Gabrielle lo viese a él, no a un sustituto del hombre al que había amado una vez.

–Seguramente debería haber aceptado la ayuda de mis padres –

estaba diciendo Gabrielle. –Quiero mucho a mi madre, pero tiende a hacerse cargo de todo en lugar de limitarse a ayudar y acabo agotada de pelearme con ella.

–Te entiendo –asintió Hank, moviéndose al ritmo de la música, al ritmo de Gabrielle. –La sombra de mi padre es muy alargada.

Ella levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, el viento le movió el pelo.

–¿Por qué decidiste alistarte en el Ejército, incluso volar en el mismo avión que pilotaba tu padre?

–No lo sé, es lo que mejor se me da –respondió Hank. De hecho, no se imaginaba haciendo otra cosa. –Sería ridículo hacer otra cosa solo para demostrar que he elegido un camino distinto.

–Sí, te entiendo.

Hank apoyó la barbilla en su cabeza, respirando su olor a lavanda.

–Aunque debo confesar que mi vida sería más fácil.

–Kevin me dijo que trabajabas el doble que los demás para demostrar que no habías conseguido nada por ser hijo de quien eres. Y que todo el mundo decía que eras fantástico.

–Fantástico, ¿eh? –Hank casi podía escuchar la voz de su amigo y… cuánto añoraba a Kevin.

–Decía que algunos conocían la ciencia de la aviación, pero que tú lo habías convertido en una forma de arte.

–Su opinión significa mucho para mí. Gracias por contármelo.

¿Algún día podría olvidar el lazo que los unía?, se preguntó. ¿Sería capaz de ver a Gabrielle sin pensar en Kevin? Su amigo había sido un tipo divertido y un poco irresponsable, pero Hank sabía sin la menor duda que había amado a Gabrielle y se había tomado en serio su compromiso con ella.

Aunque la relación no era perfecta.

Una noche, borracho, Kevin le había confesado que amaba a Gabrielle, pero temía no saber hacerla feliz porque ella quería echar raíces, formar una familia.

–Kevin te quería mucho.

Gabrielle se puso tensa entre sus brazos.

–Lo sé.

–Yo estaba con él cuando te compró el anillo de compromiso –le dijo. Hank tomó su mano izquierda y vio que no lo llevaba puesto. –Llamó a tu madre para que le dijera qué tipo de anillo te gustaría.

El corazón de Gabrielle empezó a latir con fuerza.

–Lo llevé durante un tiempo después de su muerte, pero tuve que quitármelo en el hospital para dar a luz y no he vuelto a ponérmelo. Lo he guardado para que Max se lo regale a su prometida algún día.

–Seguro que a Kevin le gustaría eso.

En realidad, a él no le había gustado el anillo que eligió su amigo. Él hubiera elegido algo más sencillo, pero Gabrielle parecía contenta y eso era lo único que importaba.

–Erais muy buenos amigos. Sigues siéndolo.

–Aparte de haberme besado con su prometida.

Gabrielle dejó de bailar y tomó su cara entre las manos.

–Fui yo quien te besé, de modo que la culpa es mía.

–¿De verdad crees que empezaste tú?

–Sé que fue así. Me sentía culpable por sentirme atraída por ti… no solo ese día sino desde mucho antes.

–¿Mucho antes? –repitió él, atrayéndola hacia sí.

–No fue algo que ocurriese de repente. ¿Te acuerdas de aquella noche, cuando fuimos a cenar a un barco? Tú estabas frente a la barandilla… –Gabrielle lo miró, con los ojos llenos de lágrimas. –Algo ocurrió dentro de mí, algo que me asustó. Pero Kevin estaba a punto de irse a Afganistán… ¿cómo iba a decírselo? Pensé que tendría tiempo para aclarar mis sentimientos y, además, ni siquiera sabía lo que sentía por ti. Y luego, el día que discutí con Kevin y acabé llorando en tus brazos…

–Solo hiciste lo que yo quería hacer desde el día que te conocí. Una vez que me besaste, te aseguro que yo puse el corazón en ello al cien por cien.

Al ver un brillo de deseo en sus ojos verdes, incapaz de resistirse como no había podido hacerlo antes, Hank inclinó la cabeza para besarla.

Tenía que hacerlo. Desde que llegó a Nueva Orleans habían estado esperando ese momento, pero allí, esa noche, bajo las estrellas, la deseaba tanto que, sencillamente, no podía seguir conteniéndose.

Y, afortunadamente, Gabrielle tampoco porque le echó los brazos al cuello, apretándose contra su torso como un año antes. Y él no necesitaba más invitación, de modo que agarró su trasero y la levantó un poco, empujándola hacia un viejo roble mientras ella acariciaba su pelo, el calor de su cuerpo haciendo que se excitase como nunca.

Desearía quitarle la ropa allí mismo, pero quería alargar el momento todo lo posible y sabía que no podría dejarla escapar de nuevo sin llegar hasta el final. Intentar ignorar la atracción que había entre ellos no había funcionado. De hecho, había aumentado el deseo de explorar cada centímetro de su cuerpo con los ojos, las manos, la boca.

Un grito interrumpió aquel momento de felicidad, haciendo que los dos se detuvieran.

Max.

El llanto del bebé parecía urgente y Gabrielle se apartó para correr hacia el moisés mientras él se apoyaba en el viejo roble.

No deberían terminar aquello esa noche, pensó. Gabrielle estaba agotada y preocupada por Max…

Su hijo acababa de ser operado y ella estaba angustiada. Solo un egoísta sin corazón se aprovecharía de una situación así.

Gabrielle necesitaba dormir urgentemente y los dos necesitaban encontrar la manera de deshacerse de un fantasma.

Porque llevase o no puesto el anillo de compromiso, el recuerdo de Kevin seguía entre ellos.

Mientras el reloj de pared daba la medianoche, Gabrielle miraba la pantalla de su ordenador meciendo suavemente a su hijo.

Le gustaría poder culpar al cansancio por su falta de concentración, pero no quería mentirse a sí misma. Aunque debería trabajar, no podía dejar de pensar en Hank. En sus besos, en sus caricias.

Había llevado a Max a la habitación con la excusa de que debía darle el pecho porque necesitaba recuperar la compostura…

Después de darle el pecho y cambiarle el pañal, descubrió que Hank había subido la cena a su habitación, con una nota: «Nos vemos por la mañana».

Había hecho bien en marcharse porque los dos necesitaban un poco de espacio.

Intentando concentrar la mirada en la pantalla, trabajó un rato más, pero a la una apagó el ordenador.

No podía ignorar la realidad como había hecho un año antes. Su atracción por Hank era mucho más que una amistad.

En menos de dos semanas, Hank volvería a la base aérea de Barksdale y ella volvería a su apartamento, a su vida.

No, pensó entonces. Debía aceptar que su vida había cambiado, que no podía seguir igual. Tendría que encontrar un sitio más seguro, un sitio que tuviera un jardín o un parque cerca para que Max pudiese jugar. Y, con un presupuesto limitado, tendría que irse fuera de la ciudad.

Tendría que hacer cambios en su vida y esos cambios incluían algo más que su apartamento. Tenía que dejar de ignorar la atracción que sentía por Hank.

Nada de fingir, nada de evitar.

Hank y ella iban a ser amantes.

Capítulo 7

Anhelaba estar con él, su cuerpo ardía de deseo después de meses, años deseando a Hank.

Y, en sus sueños, podía tenerlo. Podían hacer el amor bajo el roble del jardín a la luz de la luna… casi podía sentir el sedoso forro de su cazadora de cuero bajo la espalda, respirar el aroma de su colonia masculina. Podía acariciar su torso mientras él estaba sobre ella, entrando en ella, llenándola, llevándola tan cerca del abismo…

Deseaba algo que solo él podía darle y dejó escapar un gemido.

Gabrielle se levantó de un salto, el olor a cuero aún grabado en su cerebro. El sueño había sido interrumpido antes de que pudiese llegar al final.

Parpadeando rápidamente para acostumbrarse a la luz que entraba por la ventana, intentó orientarse. Estaba sola en la cama, con las sábanas en el suelo…

Intentó apartar de sí las imágenes eróticas de Hank, pero sentía un vacío entre las piernas y el peso de sus pechos, más sensibles que nunca.

Al llevarse una mano al corazón se dio cuenta de que seguía llevando el vestido de la noche anterior. Se había quedado dormida y no le había dado el pecho a Max desde antes de medianoche…

Y su hijo no había despertado.

Aterrorizada, se levantó de un salto para ir a la habitación del niño y estuvo a punto de caer de bruces al tropezar con el edredón, tirado en el suelo. Con el corazón en la garganta, el miedo amenazaba con estrangularla…

¿Tan profundamente dormida estaba que no lo había oído llorar? No, imposible, ella siempre lo oía llorar. Siempre.

Al borde de la histeria, empujó la puerta de la habitación del niño, preguntándose cómo se había cerrado durante la noche sin que ella se diera cuenta.

La cuna estaba vacía, pero enseguida vio a Leonie sentada en la mecedora, con Max en brazos. Y había cuatro biberones vacíos sobre la mesa…

Gabrielle no entendía nada. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo?

–¿Qué haces aquí, Leonie?

La mujer se levantó para poner al niño en sus brazos.

–Dejándote dormir.

Ella levantó el pijamita del niño y comprobó que la cicatriz estaba curando perfectamente. Todo iba bien, pero Max era su responsabilidad. Su hijo.

–Es muy generoso por tu parte, pero alguien debería habérmelo dicho –murmuró, dejándose caer sobre la mecedora cuando le fallaron las piernas. –¿Cuánto tiempo llevas aquí?

¿Y dónde estaba Hank? Él tenía que ser el responsable de aquello.

–Llegué anoche. El comandante Renshaw y yo hicimos turnos para cuidar de Max. Como eres tan obstinada y siempre quieres hacerlo todo sola…

Entonces entendió que le hubiese parecido oler la colonia de Hank en sueños; él había estado en la habitación.

–Ya veo.

–Hemos decidimos darte una sorpresa.

–Pues lo habéis conseguido.

No le hacía gracia, pero Leonie no era la responsable. Hablaría más tarde con Hank y le dejaría bien claro que no le gustaba nada que hiciese planes sin contar con ella.

Leonie se sentó en una silla, bajo la ventana.

–Tu amigo sabía que no tengo trabajo hasta que vuelvan a abrir la tienda y me ofreció que cuidase de Max…

–¿Hank te está pagando?

–Claro –respondió la mujer. –Yo conozco la rutina de Max y adoro al chiquitín. ¿Estás disgustada?

–Sorprendida más bien –respondió Gabrielle.

–Lo siento, no quería disgustarte. Al contrario, solo quería que descansaras porque sé que te hace mucha falta –Leonie la miró, preocupada. –Me pareció la solución perfecta a todos los problemas y una bonita sorpresa para ti.

–Tú no has hecho nada malo, no te preocupes.

Bueno, aparte de no decirle nada. Pero regañar a Leonie no serviría de nada. A quien debía regañar era al cerebro de la operación.

–¿Has dormido un poco? Eso es lo más importante.

–He dormido muy bien… gracias. Tú eres una de las pocas personas con las que puedo dejar a Max con toda confianza.

El niño enredó los deditos en su pelo, la señal de que tenía hambre.

–Pareces más descansada y eso es bueno, tanto para ti como para Max. No le servirás de nada si te pones enferma, cielo.

–Bueno, ya que tú has hecho el turno de noche, ¿por qué no me quedo con él un rato? Tengo que darle el pecho de todas formas –

Gabrielle desabrochó los botones del vestido y su hijo se agarró al pecho, moviendo los puñitos ansiosamente. –En realidad, necesito abrazarlo. Si no lo tengo cerca me preocupo. Imagino que se pasará con el tiempo…

–Ahora eres madre –la interrumpió Leonie, mientras se dirigía a la puerta. –Nunca dejarás de preocuparte por tu hijo.

Gabrielle se echó hacia atrás en la mecedora, tan frustrada consigo misma como con Hank. La noche anterior se había permitido a sí misma apoyarse en él en todos los sentidos. Había bajado la guardia y, aunque sabía que sus intenciones eran buenas, él la había manipulado. ¿Contratar a una niñera sin decirle nada? ¿Dejar que atendiera a su hijo sin despertarla?

Era absurdo pensar que podía tener una aventura con Hank. Su vida no era tan sencilla. Ella tenía problemas, preocupaciones, muchas más de las que había imaginado un año antes.

Tal vez Hank no había cambiado, pero ella sí.

Hank estaba sentado en el solárium, jugando distraídamente con su iPhone mientras limpiaban la casa de al lado después de la fiesta. Con un poco de suerte, no despertarían a Gabrielle. Había sufrido tanto durante los últimos meses que seguramente le haría falta una semana de sueño. Porque no dormir acabaría pasándole factura.

Sus dedos se movían a toda velocidad sobre las teclas del iPhone, pero seguramente su nerviosismo tenía más que ver con la mujer que dormía a unos metros de él que con la necesidad de descompresión.

Las puertas de la terraza se abrieron de golpe y Hank dejó el iPhone sobre la mesa mientras Gabrielle se acercaba con expresión furiosa.

Dios, qué guapa era.

Y qué enfadada estaba.

–¿Una niñera? –le espetó, deteniéndose frente a él. –¿Has contratado una niñera para mi hijo?

–Es la persona que cuida de Max cuando tú tienes que ir a algún sitio y pensé que necesitabas dormir. Estaba intentando ser… un buen amigo.

–Y yo estoy intentando ser una madre y hago lo que hace una madre: cuidar de su hijo –Gabrielle señaló alrededor. –La casa, los muebles que has comprado para Max, todo eso es muy generoso y te lo agradezco, pero no tienes derecho a hacerte cargo del cuidado de mi hijo.

–Es que estabas agotada… ¿Max está bien?

–Perfectamente –respondió ella.

–¿Entonces cuál es el problema?

Gabrielle apretó los dientes.

–Que no me lo consultaste.

–¿Estás enfadada conmigo? –Hank se pasó una mano por el cuello.

–Sí, lo estoy.

Evidentemente, lo que a él le había parecido un regalo a ella le parecía una ofensa.

–¿Porque he intentado ayudarte?

–Porque has hecho algo sin consultarme primero –respondió Gabrielle. –Yo soy perfectamente capaz…

–De cuidar de Max, ya lo sé. Me lo has dicho muchas veces.

–Iba a decir que soy perfectamente capaz de pedir ayuda si la necesito.

–Pues a mí no me lo parece –replicó él, enfadado. Estaba haciendo todo lo posible por ayudarla y ella le ponía obstáculos a cada paso.

–Que no volviese a casa de mis padres no significa que no sea capaz de aceptar ayuda –Gabrielle sacudió la cabeza. –Y mira quién habla de aceptar ayuda.

–¿Qué quieres decir?

–Que tú vives una vida solitaria y apenas te hablas con tus padres. ¿Por qué solo puedes ser tú quien necesita ser independiente?

¿Por qué estaban hablando de él? Lo último que Hank quería era que alguien se metiera en su vida.

–Solo intentaba ayudarte y, si he metido la pata, lo siento. Estoy haciendo lo que puedo.

Ella levantó los ojos al cielo.

–Puedes decir que esto no es por Kevin, pero yo no estoy tan segura. El primer día me dijiste que querías ser un padre suplente para Max y lo entiendo, pero no es tan sencillo. He cambiado desde el año pasado, Hank. Ahora tengo otras prioridades. Anoche besaste a la antigua Gabrielle… no conoces a la mujer que soy ahora.

Después de decir eso se dio la vuelta, dejándolo helado y absurdamente excitado por aquella mujer vibrante que tanto se parecía a la chica que había estado prometida con su mejor amigo.

¿Cómo había pasado de estar excitada a estar furiosa con Hank en tan poco tiempo?

Gabrielle apagó el ordenador y se echó hacia atrás en la silla. Concentrarse en el trabajo había sido casi imposible después de su discusión con él.

Tras la muerte de Kevin había vivido en una montaña rusa

emocional, pero desde que Hank apareció en Nueva Orleans era como si estuviera dando vueltas y vueltas sin parar.

Se sentía culpable por haber perdido los nervios con él. Seguía pensando que debería haberla consultado, pero debería haberse mostrado más calmada. Tal vez se había enfadado porque su madre siempre intentaba decirle lo que tenía que hacer. De hecho, había tenido que mudarse al otro lado del mundo para ir la universidad sin que Christine Ballard hablase con sus profesores.

Aunque debía confesar que la ayuda de Leonie había sido un regalo del cielo… bueno, del cielo no, de Hank. Saber que estaba con Max mientras ella trabajaba, sin tener que estar atenta a cualquier ruido procedente de la cuna, hacía que pudiese concentrarse un poco más en el trabajo y en sus estudios.

No había visto a Hank desde su discusión por la mañana y era de esperar. Lo había visto salir en el coche y se preguntaba dónde habría ido. ¿Lo habría asustado para siempre? No podía creer que se hubiera ido sin decirle adiós, por mucho que le hubiese gritado. Él no era ese tipo de persona.

Y eso la llevaba a otra pregunta: ¿qué clase de hombre era Hank Renshaw? Aparte del mejor amigo de su ex-prometido, aparte del pedigrí de su familia, aparte del uniforme.

Era una buena persona que estaba intentando ayudarla cuando Max no era responsabilidad suya. Estaba aprovechando su permiso para apretar su mano mientras operaban al niño, cuidando de ella, intentando hacerle la vida más fácil. Sí, había tomado decisiones sin consultarla, pero no debía esperar que entendiese lo que era ser padre porque no lo era.

Y debía admitir que le debía una disculpa.

Gabrielle se levantó de la silla para ir a la habitación del niño.

–¿Leonie?

Su vecina, y amiga, soltó la revista que estaba leyendo.

–¿Qué puedo hacer por ti? Y, por favor, no digas que nada. No he hecho nada en todo el día y me siento culpable por aceptar un cheque tan generoso de tu guapo comandante.

–¿Muy generoso? –murmuró Gabrielle, preguntándose cómo iba a devolverle el favor.

–Pecadoramente generoso –respondió Leonie. –Y, además, me ha dicho que lo hace para ayudar a la economía de Nueva Orleans.

Gabrielle se volvió para mirar a Max en su cuna. Verlo dormir tan profundamente, más cómodo al poder retener algo de alimento, la llenaba de felicidad. Tenía tantas cosas por las que estar agradecida y, en lugar de eso, se había enfadado con Hank…

Leonie se aclaró la garganta.

–Volvió hace una hora.

Gabrielle no se molestó en preguntarle a quién se refería.

–No me he dado cuenta.

–Ve a disfrutar de la tarde. Yo he dormido casi todo el día.

–Gracias, Leonie.

–¿Por qué?

–Por querer a mi hijo.

La mujer le apretó la mano.

–También te quiero a ti. Venga, ve a pasarlo bien. Disfruta de tu juventud. Arréglate un poco.

Gabrielle miró la camiseta arrugada y los vaqueros rotos. Sería estupendo tener tiempo para hacerse algo más que una coleta, pensó. No había llevado mucha ropa, pero cualquier cosa sería mejor que esa camiseta con una mancha de café.

Quince minutos después se sentía un poco mejor con un vestido negro corto y el pelo suelto y recién cepillado.

¿Estaba buscando una excusa para poder tener de nuevo esas fantasías y tal vez hacerlas realidad? Posiblemente. No estaba segura. Pero sí sabía que por primera vez en un año se sentía feliz.

Gabrielle pasó la mano por la barandilla de caoba mientras bajaba al primer piso, siguiendo un ruido de cacerolas en la cocina.

Hank estaba levantando tapaderas y moviendo algo en varias cacerolas a la vez con un cucharón de madera, el delantal blanco manchado de salsa de tomate.

Olía a comida italiana y Gabrielle tuvo que tragar saliva. Por todo, por la comida y por el hombre.

Después de probar una salsa, Hank se dio la vuelta y la vio en la puerta…

–Antes de que te enfades, estoy haciendo la cena para mí, no para ti.

–Ah, vaya.

–No quiero que pienses que estoy intentando decirte lo que debes comer.

–Puedes bajar la guardia, he venido en son de paz –dijo Gabrielle, apoyándose en el quicio de la puerta. –Siento haberte gritado antes. Sigo pensando lo que dije, pero no cómo lo dije.

–Muy bien –Hank se volvió para tapar una cacerola. –Y yo te pido disculpas por no haberte consultado.

–Tenías razón, habría dicho que no –le confesó ella.

–Tal vez darte una sorpresa la primera noche después de la operación no fue tan buena idea.

–Estás perdonado.

–¿Eso significa que no vas a hacer las maletas?

–No, claro que no. Quedarnos aquí es lo mejor para Max y sería una tonta si me marchase.

¿Y lo mejor para ella? Desde luego, era un cambio en su rutina.

¿Podía tener una aventura temporal con Hank?, se preguntó. A la porra que su vida fuese diferente, que ella hubiese cambiado. ¿Qué más daba si solo iba a ser algo temporal? Solo con pensar en ello sentía escalofríos.

Gabrielle se apartó de la puerta para acercarse a la encimera de granito.

–Admito que me siento frustrada porque no puedo darle todo lo que me gustaría, pero sé que un hotel y una madre agotada no es lo mejor para Max.

–¿Eso significa que Leonie puede quedarse?

–Leonie necesita el dinero.

–¿Y tú necesitas ayuda?

–No tientes a la suerte –le advirtió ella.

–Ah, no, eso no. No quiero perder la posibilidad de tener suerte contigo.

Gabrielle lo miró, boquiabierta. Pero antes de que pudiese cerrarla, Hank metió una fresa entre sus labios y ella la mordió.

Todo parecía tan sencillo con Hank…

–Imagino que esto es la cena.

–Claro.

–Pues yo estoy muerta de hambre.

Hank había cocinado para ella, esperando hacer las paces. Incluso había colgado luces en los árboles del jardín, como en la fiesta de la noche anterior. Y había comprado CD de música clásica porque Kevin le había dicho que le gustaba mucho y solía llevarlo a conciertos…

Su sonrisa desapareció.

Gabrielle tenía razón, al final siempre estaba Kevin.

Pero esa noche necesitaba crear un recuerdo solo de los dos. Si no podía hacer eso tendría que marcharse en lugar de seguir atormentándose y atormentándola a ella.

Seguía agradeciendo que lo hubiese perdonado y que quisiera cenar con él. Gabrielle incluso parecía disfrutar de la salsa casera de tomate que había hecho. Su repertorio culinario no era muy amplio, pero como gastarse dinero con ella no funcionaba, decidió hacer algo personal. Gabrielle había crecido en una familia más modesta que la suya y seguramente ganaría puntos demostrándole que, a pesar de la posición social de los Renshaw, él tenía los pies en la tierra.

Gabrielle probó el sorbete de limón que había hecho como postre y lo miró, sorprendida.

–Qué rico.

–¿Más? –le preguntó Hank.

–No, gracias. Me estás haciendo sentir culpable.

–Has estado tan preocupada por Max… necesitabas que alguien cuidase de ti.

–Pues lo estás haciendo. Y la cena estaba riquísima –dijo Gabrielle. –No podía imaginar que fueras tan buen cocinero o tan buen anfitrión.

Hank señaló la máscara y la vela, envuelta en un collar de cuentas típico de Mardi Gras.

–Todo esto ha caído del jardín de la casa de al lado. No me he gastado un céntimo en adornos.

–¿Quién hubiera imaginado que un millonario sería tan prudente con el dinero? –bromeó Gabrielle.

Era multimillonario en realidad, pero decir eso la haría salir corriendo en lugar de echarse en sus brazos. Y que fuera así hacía que le gustase aún más.

–Mi familia no ha sido siempre rica. Mi padre era un militar que fue ascendiendo de rango.

–Debes estar muy orgulloso de él.

–Sí, la verdad es que sí. Es un tipo estupendo. Cuando era jefe de escuadrón en Guam…

–¿Viviste en la isla de Guam?

–Es un sitio precioso. Como Hawái, pero sin los turistas –le dijo. Él prefería recordarlo así y no pensar en los momentos oscuros tras la muerte de su madre. –Me gustaría llevarte allí algún día.

–Parece que echas de menos los viejos tiempos.

Hablar de su pasado era terreno peligroso, pero si quería llegar a algún sitio con Gabrielle, y quería hacerlo, tenía que arriesgarse.

–La vida era más sencilla antes, eso desde luego.

–¿Y cuándo cambió todo? –le preguntó ella.

Hank inclinó a un lado la cabeza.

–¿Seguro que no estás emparentada con Sigmund Freud? Después de todo, eres medio alemana.

Gabrielle sonrió, poniéndose la máscara sobre los ojos.

–Soy una mujer llena de misterios.

Su sonrisa despertó en Hank un escalofrío de deseo. Aunque estar con ella tuviera efectos desastrosos para él, la deseaba. Más que a nadie.

–Pero no, no soy freudiana, solo siento curiosidad. Hay tantas cosas que no sé sobre ti. Cuando estábamos juntos, era Kevin el que hablaba, tú no decías mucho.

–¿Qué quieres saber?

–¿Por qué mantienes las distancias con tu familia?

Recordar ciertas cosas era doloroso para Hank.

–La muerte de mi madre lo cambió todo. Era la roca para mi familia, pero también una persona flexible que se aclimataba a todo y nos lo hacía más fácil.

Gabrielle le tocó la mano.

–¿Cómo se llamaba?

–Jessica –respondió Hank. –Todo el mundo ve a mi padre y Ginger como una pareja y te aseguro que no tengo nada contra mi madrastra –añadió. –Y con el paso del tiempo, todos han ido olvidando a mi madre.

–¿Tus padres estaban muy enamorados?

–No lo recuerdo, pero sí recuerdo que ella era la única persona que se atrevía a enfrentarse con el general. Mi hermana mayor dice que a veces discutían, pero enseguida hacían las paces y desaparecían en el dormitorio –Hank esbozó una sonrisa. –Yo estaba en el colegio cuando mi madre murió de un aneurisma un par de semanas después de Navidad. Ella no sabía que tuviese nada y algunos dicen que fue una bendición que no lo supiera.

–Debió ser horrible para ti no poder despedirte.

–Sí, claro.

Pero había estado al lado de Kevin para decirle adiós y tampoco resultó nada fácil.

–La notoriedad de mi padre no tiene nada que ver con el dinero o con su nueva esposa, se la ganó a pulso gracias a su talento.

–¿Y tus hermanas?

Hank acarició el collar de cuentas, enredándolas entre sus dedos, pensativo…

–Alicia es piloto del Ejército y Darcy piloto comercial. Al final, todos hemos seguido los pasos de nuestro padre. Pero cuando vivíamos en Guam, mi hermana Darcy fue secuestrada…

Gabrielle lo miró sin poder disimular su sorpresa, pero no dijo nada. Se quedó escuchando, en silencio. Parecía como si hasta los insectos nocturnos se hubieran quedado inmóviles, escuchando.

–Un grupo extremista que pedía la desaparición de la base militar se la llevó durante una fiesta –siguió Hank. Cuando él estaba con ella. –La retuvieron durante una semana. No le hicieron daño, gracias a Dios, pero algo así marca a una persona.

–Y a toda la familia, imagino.

–No sé por qué te estoy contando todo esto.

–Porque yo te he preguntado –dijo Gabrielle levantándose de la silla para tomar su mano. –No sé por qué no te pregunté nunca por tu pasado cuando estábamos los tres juntos.

–Déjate de análisis, señorita Freud. No hay ningún significado oculto. Solo son hechos.

–Hechos que explican por qué te daría miedo encariñarte con

una mujer y…

Hank tiró de ella para besarla en los labios. Una cosa era entrar en la dolorosa niebla del pasado, otra muy diferente dejar que Gabrielle le robase las pocas defensas que le quedaban.

La sentó sobre sus rodillas y pasó las manos por sus brazos y su cintura hasta llegar a sus pechos. Había esperado tanto tiempo que quería recordar cada detalle.

Gabrielle enredó los dedos en su pelo, sin protestar en absoluto. Aquella atracción no era algo que hubiese imaginado, se dijo Hank. Era algo real, intenso.

Y estaba a punto de serlo aún más.

Capítulo 8

Fueron besándose del solárium al dormitorio de Hank. Besándose, tocándose con manos frenéticas, explorándose el uno al otro mientras subían la escalera.

La puerta se cerró tras ellos, alejándolos del mundo, y Gabrielle se apretó contra él. Después de tanto tiempo deseando tocarlo no se cansaba de hacerlo. Había intentado contenerse pero, al fin, era suyo. Aunque solo fuese una noche o el tiempo que le quedase en Nueva Orleans, por fin podía dejarse llevar por la tenaz pasión que había entre ellos.

El aroma a orégano, a cena casera, las luces en los árboles y las decoraciones en la mesa, todo hecho por él, la habían entusiasmado más que una cena en un restaurante de cinco tenedores.

Hank besó su oreja, su aliento quemándola.

–¿Seguro que no vamos demasiado rápido?

Ella intentó llevar aire a sus pulmones.

–¿Mis besos no te dan ninguna pista?

–Tenía esperanzas, pero no hay prisa –Hank acariciaba su pelo, su cuello y sus hombros con manos ansiosas.

–Los dos llevamos mucho tiempo esperando esto –murmuró Gabrielle. Pero la mención al pasado amenazaba con robarles aquel hermoso momento. –Vamos a concentrarnos en el presente.

–Siempre he dicho que eras una mujer muy lista.

Ella le besó la barbilla, riendo.

–Esta noche ha sido asombrosa.

–Y espero que a partir de ahora sea aún mejor –Hank metió las manos bajo el vestido para enganchar el elástico de las medias, haciéndola sentir un delicioso escalofrío.

–Yo diría que sí –Gabrielle echó la cabeza hacia atrás, dándole libre acceso a su cuello.

Hank Renshaw la hacía sentir hermosa y sexy, algo que necesitaba después de haber estado embarazada, de modo que disfrutó de sus caricias y del duro roce de sus muslos.

Hank tiró hacia abajo del cuello del vestido para besarle la garganta, haciéndola temblar…

–Vamos a la cama o esto va ocurrir contra la puerta.

–¿Y eso es malo? –preguntó Gabrielle, tirando de los faldones de su camisa.

–No, en absoluto –Hank la besó antes de mirarla a los ojos–

pero he esperado demasiado tiempo como para ir deprisa –añadió mientras tiraba de su mano para llevarla hacia la cama.

Gabrielle miró el resto de la habitación por primera vez desde que entraron. Apenas había muebles porque solo se había preocupado de amueblar su habitación y la de Max…

No había vestidores en la histórica mansión, de modo que la suite solo contaba con un enorme armario antiguo y dos sillones frente a la chimenea. Era un sitio muy masculino, casi espartano.

Sus piernas chocaron entonces con el borde de la cama. Iba a hacerlo, pensó. Iba a tener un momento robado con Hank. Los nervios y la anticipación se mezclaban de manera embriagadora mientras le desabrochaba la camisa, apartándola para acariciar su torso desnudo.

Lo había visto en bañador, pero aquello era tan diferente, tan íntimo. Se permitió el placer de mirar la fuerte columna de su cuello, su esculpido torso bronceado por el sol. Tenía una cicatriz en la clavícula y Gabrielle pasó un dedo por ella.

–¿Qué pasó?

–Metralla –respondió él, sujetando su mano. –Nada importante.

¿Nada importante? La cicatriz parecía profunda y estaba cerca de la yugular. Un centímetro más y lo habría perdido.

¿Habría ocurrido el día que mataron a Kevin?

Cuando ese pensamiento amenazaba con helarla por dentro, Hank tomó su cara entre las manos.

–Deja de pensar en ello, es el pasado. Vuelve al presente, Gabrielle.

–Haz que olvide, Hank, por favor.

–No se me ocurre nada mejor –murmuró él, apartándose para quitarle el vestido y arrodillándose después ante ella para tirar de las medias.

Gabrielle no había estado con nadie desde Kevin y su cuerpo era diferente desde que tuvo a Max. No se consideraba una mujer particularmente presumida, pero era la primera vez que alguien iba a ver sus estrías y sus kilos de más y eso la ponía un poco nerviosa.

Sin embargo, Hank la miraba con un brillo de admiración en los ojos.

–Eres más hermosa de lo que había imaginado. Y te aseguro que te he imaginado más veces de las que podría contar.

Tenía en la mano la máscara de Mardi Gras que había caído al suelo cuando le quitó la camisa y empezó a acariciar sus caderas con la pluma…

Jadeando de deseo, Gabrielle lo ayudó a quitarse el pantalón y los calzoncillos y pasó los dedos por sus marcados abdominales y las delgadas caderas hasta llegar a su miembro erecto.

Lo acarició suavemente, pasando la mano arriba y abajo, rozando la punta con el pulgar y viendo cómo se mordía los labios.

Pero, de repente, Hank apartó su mano y la tiró suavemente sobre la cama.

Se colocó sobre ella, sujetándose con una mano al colchón para no aplastarla, y acarició su cuello con la pluma de la máscara, poniendo la presión necesaria para hacerle cosquillas y excitarla al mismo tiempo.

Gabrielle giró a un lado la cabeza y, afortunadamente, él entendió el mensaje porque siguió haciéndolo hasta que se le puso la piel de gallina. Acarició sus pechos, primero uno y luego otro hasta que tuvo que morderse los labios para no gritar de placer, para no suplicarle más.

Aunque no tenía que suplicárselo porque él seguía haciendo círculos sobre sus aureolas mientras murmuraba palabras cariñosas.

Gabrielle se agarró a sus brazos cuando la rozó entre los muslos con la pluma, tan cerca del sitio donde más lo necesitaba. Ansiosa, buscó aire, el pulso le latía en los oídos.

Los dedos de Hank reemplazaron a la pluma y luego lo hizo su boca.

El roce de su lengua la llevó a un sitio en el que ya no podía pensar, pero no quería llegar sola. Hank había hecho tantas cosas por ella que necesitaba que estuvieran juntos en ese momento.

–Te quiero todo –susurró, levantando las caderas para tenerlo dentro de ella, piel con piel… –pero entonces se dio cuenta de algo. –Preservativos…

¿Cómo podía haberlo olvidado?

No cambiaría a Max por nada del mundo, pero el embarazo había sido un accidente, producto de una noche en la que Kevin y ella bebieron demasiado.

–No te preocupes, lo tengo todo controlado –dijo él, abriendo un cajón de la mesilla.

Gabrielle se apoyó en un codo para ver cómo se lo ponía y después le echó los brazos al cuello.

Enredando las piernas en su cintura, lo urgió hacia delante y cerró los ojos para contener las lágrimas porque al fin lo tenía después de tanto tiempo y sentirlo moviéndose dentro de ella era más de lo que había imaginado. Y sí, más de lo que había esperado porque algo tan especial hacía que tuviera que replantearse el resto de su vida.

Aunque lo último que quería era hacer planes de futuro. Quería vivir el momento, los dos solos.

Levantó las caderas mientras él empujaba adelante y atrás, sus cuerpos sincronizados con un ritmo único, eterno.

El sonido de su voz era como una caricia mientras sus sudorosos cuerpos se deslizaban uno sobre el otro. Hank la llevó al borde del abismo una y otra vez, conteniéndose hasta el último segundo, haciendo que clavase las uñas en su espalda hasta que…

Una oleada de insoportable placer la golpeó con una intensidad contenida durante demasiado tiempo. Un grito escapó de su garganta y él lo capturó con sus labios… tal vez intentando disimular su propio grito de alivio.

Las sacudidas posteriores los unieron aún más, haciendo que se pegasen el uno al otro, sin aliento.

Gabrielle volvió a la tierra lentamente, fijándose tontamente en el ventilador del techo, que no había visto hasta entonces, mientras acariciaba el cuerpo de Hank, su peso anclándola a la cama. La máscara había quedado aplastada entre los dos, pero no quería moverse. No quería soltarlo por nada del mundo.

Por el momento, se habían quitado las máscaras, literal y simbólicamente, y ni el pasado ni el futuro creaban sombras entre ellos.

Por el momento, tenía a Hank entre sus brazos y se agarró a él con fuerza, sabiendo cuánto le dolería perderlo. Le habían roto el corazón una vez y no estaba segura de tener fuerzas suficientes para soportar de nuevo ese dolor.

Hank se tumbó de lado, intentando recuperar el aliento después de un segundo asalto con Gabrielle, que estaba demostrando ser igualmente hábil jugando con la máscara, atormentándolo para luego darle placer.

Estar con ella era todo lo que había esperado, pero debía asegurarse de que no saliera corriendo. Porque empezaba a ver dudas y miedos en sus ojos verdes.

–No sabía que fueras tan juguetón –murmuró Gabrielle– pero me gustan las sorpresas.

–Me alegra saberlo –dijo él, acariciando la curva de su trasero.

–Eres diferente lejos del escuadrón, más abierto. Pero supongo que todo el mundo lleva una máscara alguna vez.

–Desnudarse ante alguien, en sentido figurado, puede ser aterrador. Pero juro que no voy a hacerte daño.

–Nadie puede prometer eso, Hank. La vida hace daño.

Él le levantó la barbilla con un dedo para que tuviera que mirarlo a los ojos.

–¿Estás sufriendo ahora?

Gabrielle negó con la cabeza.

–No, claro que no. Me siento feliz y un poco asustada, pero no estoy sufriendo en absoluto.

–Me alegro mucho –Hank inclinó la cabeza para besarla. –

Vamos a ver si puedo seguir haciéndote feliz. Tengo un regalo para ti.

–¿Otro regalo? –ella arrugó la nariz. –Si sigues así, vas a tener que pedirle a tu socio que invente otro juego que os haga ricos.

Hank saltó de la cama para sacar del armario la bolsa de una perfumería del barrio francés que Gabrielle miró con curiosidad.

–Venga, ábrela.

–¡Productos para el baño! –gritó, mirando las sales, los geles, aceites y jabones de diferentes aromas.

–Dijiste que siempre tenías que ducharte a toda prisa, pero ahora puedes darte todos los baños de espuma que quieras.

Gabrielle abrió un frasco de aceite y cerró los ojos.

–Umm, qué bien huele. Es una delicia.

–Sé que esto no es tan bonito como un diamante, pero imaginé que si te regalaba una joya me la tirarías a la cara.

–Y estabas en lo cierto. Además, las perlas de baño son más preciosas que las perlas de verdad.

–¿No quieres probarlas?

–¿Ahora mismo?

–¿Por qué no? El baño está ahí.

Gabrielle se incorporó para besarlo antes de tomar la bolsa y correr al baño, casi tropezando con las sábanas en su prisa por llegar allí.

Hank se sentó en el centro de la cama, apoyándose en el cabecero mientras la escuchaba canturrear. Aunque desearía hacerle el amor de nuevo, no iba a interrumpir su primer baño de espuma en mucho tiempo.

Qué absurdo era que le gustase tanto estar allí, escuchándola. Pero el sonido de su voz lo acariciaba como lo habían acariciado sus manos.

Estaba trastornado y era capaz de reconocerlo, pero después de haberla hecho suya, no pensaba dejarla escapar.

Gabrielle estaba en la gloria. El baño aliviaba su estrés y la tensión desaparecía con cada segundo.

Aunque no sólo por las sales de baño. El hombre que se las había regalado podría haber comprado joyas que ella no hubiese aceptado. O bombones.

Hank había prestado atención a sus necesidades y Gabrielle suspiró por enésima vez en aquella bañera en la que cabrían dos personas. Tal vez debería terminar con una ducha, pensó, mirando la columna con varios chorros de hidromasaje.

Incluso había una pantalla de televisión montada en la pared, por si quería ver una película mientras estaba en el baño. Aquel sitio era un paraíso.

Ella nunca se había considerado una persona materialista, pero no le importaría tener algo así al final del día.

¿Con Hank esperándola en el dormitorio?

No podía ignorar que habían dado un gran paso adelante aquella noche. Por mucho que quisiera decirse a sí misma que era una simple aventura, ella no era la clase de persona que tenía aventuras. Seguía siendo la misma de antes, la chica que vivía para formar una familia y tener los niños mejor vestidos y más felices del mundo, como había hecho durante su infancia con las muñecas.

Pero pensar eso la hacía recordar el miedo que había aparecido después de hacer el amor con Hank…

Su relación con Kevin nunca había ido bien del todo y no dejaba de recordar su última pelea, cuando él insistía en que vivieran juntos y ella se resistía.

¿Era una locura pensar en un futuro con Hank? Él estaba más atado al Ejército de lo que lo había estado Kevin…

Gabrielle suspiró. No había caldera lo bastante grande como para quitarle el frío que se había instalado en sus huesos.

Saber que Gabrielle estaba en la bañera era una tortura, pero aunque nada le gustaría más que reunirse con ella y hacerle el amor, Hank estaba decidido a dejar que se relajase.

Para controlar la tentación, se puso un pantalón de chándal y entró en la habitación de Max para darle un pequeño respiro a Leonie. Era como si todos vivieran para el niño, como tenía que ser.

Antes de entrar en la habitación escuchó la voz de Leonie a través del monitor. Estaba cantando una nana y, de repente, recordó a su madre colgando adornos en el árbol de Navidad, su padre diciendo que le dolían los oídos porque desafinaba…

Los dos riendo.

Sus hermanas le habían contado que fue una madre estupenda. Su padre no hablaba mucho de ella, solo decía que había sido una mujer maravillosa, capaz de cuidar sola de sus hijos mientras él estaba de servicio.

Hank pasó un dedo por la mesa en la que Gabrielle había instalado su ordenador para trabajar y estudiar, o las dos cosas, mientras cuidaba de su hijo.

Al ver los álbumes de los que le había hablado, se sentó en la silla y tomó uno de ellos. Era un álbum de fotos y, en la primera, Gabrielle y Kevin estaban en un partido de fútbol. Ella llevaba una camiseta del equipo, su rubia coleta moviéndose con el viento. Kevin tenía un brazo sobre sus hombros.

Parecían felices. Realmente felices.

Entonces se miró a sí mismo, sentado a su lado y… caray.

Era lógico que Kevin hubiera sabido lo que sentía por ella.

Hasta el más idiota se habría dado cuenta.

Sus ojos estaban clavados en Gabrielle, como un hombre hambriento que encontrase el más delicioso manjar después de una larga huelga de hambre.

Pero ella no se había dado cuenta porque pareció sorprendida cuando la besó un año atrás. O cuando ella lo besó, según su versión.

¿Lograría algún día superar el sentimiento de culpa?

Capítulo 9

Acostumbrarse a compartir cama otra vez no fue tan fácil como Gabrielle había pensado. Sobre todo porque Hank era de los que se llevaban el edredón sin darse cuenta.

En la oscuridad, buscó el edredón con la mano…

Durante esa semana había descubierto que Hank tenía el sueño muy inquieto, lo cual era un problema porque ella, después de tantos meses aguzando el oído por si Max se despertaba, tenía el sueño muy ligero.

Pero muchas cosas buenas compensaban la costumbre de Hank de robarle el edredón. Esa semana había estado llena de cenas fabulosas y sexo aún más fabuloso. Incluso habían paseado por el parque con Max en el cochecito. La gente los confundía con una familia, ellos se sentían como una familia.

Gabrielle parpadeó, adormilada. La luz de la luna que entraba por el ventanal caía sobre la cama y cuando se dio la vuelta vio a Hank con los ojos abiertos.

Pero estaba dormido. Había tirado el edredón al suelo y agarraba con fuerza la sábana, murmurando algo ininteligible.

A juzgar por los tendones marcados en su cuello, estaba teniendo una pesadilla horrible. Tanto que le daba miedo tocarlo. Sabía que no le haría daño deliberadamente, pero en aquel estado un simple roce podría hacerlo saltar.

Gabrielle se inclinó para encender la lámpara de la mesilla, esperando que eso lo despertase.

Vio que movía la cabeza, pero no despertaba. Lo oía murmurar palabras, algunas con sentido, otras no…

«Cuidado… Dios, no… Kevin, aguanta».

Al darse cuenta de que estaba soñando con la muerte de Kevin se le encogió el corazón. Le hubiera gustado ponerse el albornoz y salir corriendo, pero no podía dejarlo solo. Ya había vivido una vez esa tortura, no debería tener que hacerlo nunca más.

–Hank –lo llamó, poniendo una mano en su brazo. –Hank, despierta. Estás en Nueva Orleans, conmigo. Solo es una pesadilla. ¿Me oyes?

Hank parpadeó rápidamente, conteniendo el aliento durante un segundo antes de volverse hacia ella.

–¿Gabrielle?

–¿Estás bien?

–No –su voz sonaba ronca, estrangulada, como si tuviera que hacer un esfuerzo para hacer funcionar sus cuerdas vocales. –Dame un segundo…

–¿Estabas soñando con la muerte de Kevin?

Él asintió con la cabeza, apartándose un poco. Si dejaba que el silencio se alargase se marcharía, pensó Gabrielle. La dejaría fuera y lidiaría solo con su dolor.

Y después de todo lo que había hecho por ella, no podía dejar que cargase solo con eso. Era hora de que alguien tirase las barreras que había construido a su alrededor, de modo que apoyó la cara en su hombro.

–Verme ha debido recordártelo. Pero esto no puede ser lo que los militares llaman «recargar después de la batalla» –murmuró, acariciando su brazo hasta que sintió que se relajaba un poco.

–No te culpes a ti misma –dijo él. –Podría mirar una moneda en el suelo y de alguna forma me recordaría a Kevin y ese día…

–¿Puedes contarme lo que pasó?

–¿Los padres de Kevin no te lo contaron? Ellos recibieron el informe oficial.

–Sé lo que le pasó y que tú estabas allí –respondió Gabrielle. Aunque no sabía por qué habían sido atacados en tierra cuando ellos eran pilotos. –Pero quiero que tú me lo cuentes.

Él se quedó en silencio durante tanto tiempo que pensó que no iba a decir nada, pero de repente dejó escapar un largo suspiro.

–Estábamos en un paso fronterizo. Todo el mundo tenía que bajar del autobús y mostrarnos los papeles.

Debería haber sido algo rápido porque aquella no era una zona particularmente peligrosa.

Su corazón seguía latiendo desbocado y Gabrielle lo abrazó, esperando.

–Un francotirador disparó dos veces antes de que yo pudiese cubrir a Kevin.

Unas palabras tan simples y, sin embargo, la había transportado a un mundo de dolor. Casi podía respirar el olor de la pólvora, sentir la arena en la boca…

–Llevé a Kevin al autobús para protegerlo –siguió Hank.

Ella lo abrazó con más fuerza, tocando su cicatriz en la clavícula.

–¿Fue ahí donde te hirieron?

–Sí.

Gabrielle cerró los ojos, intentando contener las lágrimas. También él había recibido un disparo. Podría haberlos perdido a los dos.

Hank se aclaró la garganta antes de continuar:

–Una vez en el autobús llamé por radio a una ambulancia, pero no pude localizar a nadie, así que le quité el chaleco antibalas para que respirase mejor.

Gabrielle imaginó sus últimos momentos de vida, en un autobús militar en tierra extraña. ¿Cuántas personas habría en el autobús con ellos? Casi podía oír sus voces, los gritos, imaginar su desesperación.

Pero, con sus últimas palabras, Kevin había dejado claro que sabía lo que había entre Hank y ella y, de nuevo, Gabrielle se sintió culpable.

¿Hubiera encontrado algún consuelo en saber que esperaba un hijo? Debería habérselo contado, pero pensó que eso lo distraería de su trabajo y, al final, habría muerto de todos modos.

–Estoy segura de que hiciste todo lo que estaba en tu mano para salvarlo.

–Hice lo único que podía hacer: poner mis dedos en los orificios de las balas para intentar que no se desangrase. Kevin me pidió que cuidase de ti y luego vi cómo se le iba la vida…

Hank se levantó de repente y, sin mirarla, se puso los vaqueros y salió de la habitación.

Cuando la puerta se cerró tras él, Gabrielle se dio cuenta de que estaba siendo una egoísta. Temía que estar juntos pudiese hacerle daño a ella, pero no había pensado cuánto debía dolerle a él.

Aunque ella consiguiera olvidar el sentimiento de culpa para seguir adelante con aquella aventura, Hank podría no ser capaz de hacerlo.

Hank bajó a la cocina. Necesitaba una cerveza, aunque sabía que eso no serviría de nada. Pero cualquier excusa era buena para salir de la habitación y escapar de los recuerdos.

Llevaba diez meses intentando lidiar con la muerte de Kevin, pero volver a Estados Unidos y estar con Gabrielle había empeorado la situación.

Hank entró en la cocina… y se detuvo de golpe.

Leonie estaba tomando un pastel de nueces y leyendo una revista mientras Max la miraba desde su moisés.

–Hola, comandante –lo saludó, bajando del taburete para atarse el cinturón de la bata. –¿Quiere un trozo de pastel? Aún queda mucho.

–No, gracias –respondió él, abriendo la nevera para sacar un zumo que tomó directamente del cartón, sin molestarse en buscar un vaso. Al demonio las buenas maneras, no estaba de humor para eso.

–Me alegra saber que las cosas van mejor –dijo Leonie entonces.

–Al principio, no estaba segura.

–¿Por qué? –Hank se volvió para mirarla, con el cartón de zumo en la mano.

–Me contrató sin consultar con Gabrielle… cualquier mujer se enfadaría.

–¿Y por qué aceptaste el trabajo si sabías que iba a enfadarse?

–Necesitaba el dinero y ella necesitaba descansar. Además, adoro al pequeñajo.

–Podrías haberme avisado de que Gabrielle iba a enfadarse.

–Decírselo no hubiera servido de nada. Las lecciones en la vida se aprenden cometiendo errores y arreglándolos. Así es como se construyen las relaciones.

–¿Relaciones? –Hank hizo una mueca.

–Por favor, no me diga que es el típico hombre que se asusta ante esa palabra –suspirando, Leonie dejó el plato en el fregadero. –Esperaba más de usted.

Hank quería estar solo y, de repente, tenía que escuchar un sermón de la niñera…

–¿Por qué me regañas?

–No tiene usted madre y, por alguna razón, tampoco tiene mucho contacto con su familia. ¿Quién va a decirle lo que hay que decirle?

Hank enarcó una ceja, casi copiando un gesto de su padre. Claro que había seguido los pasos de su padre en casi todo lo demás.

–Lees demasiadas revistas.

–Me encantan las revistas de cotilleos, es verdad –Leonie soltó una risita. –Las noticias sobre su familia venden mucho.

Hank miró la que había sobre la encimera. El titular decía: «Ginger Landis regala un poni a su nieta». El resto del artículo detallaba la fabulosa fiesta de cumpleaños que su madrastra había organizado para su nueva nieta… una niña cuya madre era una princesa ilegítima. La lista de invitados incluía hijos de estrellas de cine, hijos de políticos y otros embajadores.

Como los emails que le enviaban desde su casa incluían detalles y fotos de la fiesta, Hank sabía que el noventa por ciento de las cosas que contaban era mentira. Su madrastra había alquilado un poni, pero la lista de invitados incluía solo a la familia, aunque la familia consistiera en los Renshaw, los Landis y hasta los Medina, que pertenecían a una familia real. Pero, aparentemente, meter las narices en la vida de los ricos y famosos e inventar cosas sobre ellos era un gran negocio.

De repente, Hank tuvo una sospecha.

–¿Tienes serios problemas económicos, Leonie?

La sonrisa de la mujer desapareció de inmediato.

–No tanto como para hacerle daño a Gabrielle o a este niño, comandante. Y le sacaré a usted los ojos si se lo hace –respondió, con un tono que no admitía réplica.

–Me alegro. Yo haría lo mismo.

–¿Entonces pensará en lo que le he dicho?

–¿A qué te refieres?

Había dicho tantas cosas que había perdido el hilo.

–Hombres –murmuró ella, tomando el moisés.

–Yo me quedaré un rato con el niño. Ve a descansar.

–No hace falta, comandante.

–No, en serio, sigue leyendo tu revista. No puede ser fácil pasar al turno de noche de repente.

–Muy bien, usted es el jefe –asintió ella, saliendo de la cocina.

Hank dejó el cartón de zumo en la encimera y se sentó frente al moisés para mirar al hijo de Kevin, el hijo de Gabrielle. Examinó su rostro para ver si encontraba algún parecido con las dos personas a las que tanto quería… sí, tenía la boca de Kevin y la barbilla de ella.

El niño estaba despierto, mirándolo con sus ojitos azules y, de repente, sus facciones se convirtieron en una única, individual.

Max.

Sin pensar, Hank se inclinó para tomar al niño en brazos, la cosa más suave que había tocado nunca, y sacudió un sonajero frente a su cara. Max abrió la manita para agarrar su pulgar, apretándolo con una fuerza inusitada.

–Hola, pequeñín –murmuró. –Vamos a pasarlo muy bien juntos. ¿Te gusta el béisbol? Tienes mucha fuerza, seguro que se te da bien lanzar una bola. Tú y yo vamos a…

¿Tú y yo?

No sabía qué iba a ser de él y de Max. ¿Qué mostrarían los álbumes de Gabrielle cuando pusiera fotografías suyas? Él no quería ser un sustituto, quería ser un padre de verdad. El padre de Max y el marido de Gabrielle.

Pero no quería olvidar a Kevin y no sabía cómo vivir con un fantasma.

Gabrielle despertó unas horas después y alargó una mano para tocar a Hank, pero no había vuelto a la cama. Creía que hacerle hablar de lo que ocurrió un año antes lo ayudaría, pero no había sido así. Tal vez incluso había empeorado la situación.

Tal vez debería dejar de presionarlo y darle un poco de espacio. Kevin le había dicho que Hank era muy reservado y aquel día debía sentirse especialmente vulnerable, aunque sabía que se enfadaría si se lo dijera porque Hank Renshaw no era de los que reconocían sus necesidades emocionales.

Probablemente también ella necesitaba espacio, pensó entonces.

Todo había ocurrido tan rápido desde la operación de Max y el inicio de su aventura con Hank… Gabrielle se llevó una mano al corazón, deseando con todas sus fuerzas que la vida fuera más sencilla.

Después de ponerse un albornoz fue a buscar a Max para darle el pecho y encontró a Leonie frente a la ventana, leyendo una revista.

–Max está abajo, con el comandante.

–¿Con Hank?

–Ha insistido en quedarse con él ¿y cómo iba a discutir yo con un hombre tan guapo? –bromeó Leonie, abanicándose con la revista.

–Gracias por la información –dijo Gabrielle, con el corazón encogido al pensar cuánto debía dolerle mirar al hijo de su amigo muerto.

Pero, siendo como era, solo pensaba en los demás.

La dejaba dormir a ella, dejaba descansar a Leonie y se olvidaba de sí mismo.

Lo encontró en la biblioteca, tumbado en el sofá de piel, con Max dormido sobre su pecho.

Y Gabrielle no podía imaginar nada más hermoso que aquella imagen de su hijo durmiendo sobre el torso desnudo de Hank Renshaw, que sujetaba a Max con una mano en la que casi cabría el niño.

Escuchó entonces una vibración sobre la mesa… era el móvil de Hank, que debía haber puesto en vibración para no despertar a Max.

Él alargó la mano y apagó teléfono antes de mirar hacia la puerta.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí?

–Un par de minutos. Tengo que darle el pecho a Max –respondió Gabrielle.

Su hijo levantó la cabecita al escuchar su voz y Hank le pasó al niño sin decir nada.

Debería subir a su habitación, pero Max estaba inquieto esperando su comida, de modo que Gabrielle se sentó en el sofá y abrió un poco el albornoz para darle el pecho mientras Hank los miraba en silencio.

Su teléfono volvió a sonar pero, de nuevo, lo apagó antes de guardarlo en el bolsillo del pantalón.

En cuanto Max terminase de comer iría a dar un paseo, decidió Gabrielle. Y se llevaría a Leonie con ella para que Hank pudiese estar solo un rato.

Pero en ese momento sonó el timbre y, unos segundos después, oyeron voces en el pasillo.

Gabrielle sujetó la cabeza de su hijo con gesto protector y Hank se levantó de un salto.

–¿Qué ocurre? ¿Alguien ha entrado en la casa? –preguntó ella, asustada.

Hank volvió a dejarse caer sobre el sofá, murmurando una palabrota.

–No, es mi familia.

Capítulo 10

Gabrielle quería irse a cualquier sitio, donde fuera, al ver a las cuatro personas que la miraban con cara de sorpresa. Aunque era comprensible. Si la hubieran avisado, habría subido corriendo a su habitación para vestirse.

Había leído suficientes artículos sobre los Renshaw y los Landis como para saber que eran ellos. No había que ser fan de las revistas de cotilleos para reconocerlos. El padre de Hank, el general Renshaw, estaba al lado de su segunda esposa, Ginger Landis, con una pareja más joven a su lado.

Aunque los hijos de Ginger se parecían entre ellos, Gabrielle estaba casi segura de que aquel era el más joven, el arquitecto especializado en restaurar edificios históricos, casado con una mujer que pertenecía a la realeza europea y que llevaba un bebé en brazos.

¿Qué pensarían? En fin, no tenía que preguntar. Sabía muy bien lo que pensaría cualquiera en esa situación. Hank estaba descalzo y sin camisa y ella dándole el pecho a Max…

Si apartase al niño se arriesgaría a enseñarle el pecho a toda la familia Renshaw-Landis y, además, Max se pondría a gritar si interrumpía su desayuno.

¿Estarían juzgándola, pensando que pretendía aprovecharse de Hank?

–Como veis, no esperábamos visita –dijo él. –¿Qué tal si salimos al pasillo y dejamos que Gabrielle siga dándole el pecho a su hijo? Las presentaciones pueden esperar un rato.

Salieron de la habitación, pero Gabrielle podía oír sus voces al otro lado de la puerta. Debían estar bombardeándolo con preguntas, pensó. Si pudiese entender lo que decían… pero su hijo seguía mamando alegremente, sin saber lo que pasaba.

Unos minutos después, Leonie entró a toda prisa, cerrando la puerta tras ella.

–Ha llegado la caballería, cielo. He traído ropa para ti.

–Gracias a Dios.

–Yo puedo quedarme con Max, no te preocupes.

–Ya ha terminado, solo tienes que colocártelo al hombro para que expulse los gases.

–Muy bien –Leonie tomó al niño y empezó a darle palmaditas en la espalda. –¿Te puedes creer que estamos compartiendo casa

con una antigua secretaria de estado y una princesa?

–Lo crea o no, están aquí –dijo Gabrielle, mientras se ponía los vaqueros, la camisa y las sandalias que le había llevado. Vestida, gracias a Dios.

Tal vez podría ir a su habitación para arreglarse un poco el pelo, pensó. Pero cuando abrió la puerta y asomó la cabeza…

No tuvo suerte.

Estaban frente a la puerta del comedor, todos los ojos clavados en ella. Pero, de nuevo, Leonie acudió en su ayuda saliendo del cuarto de estar con Max. Todos los ojos se volvieron hacia el niño y Gabrielle se aclaró la garganta mientras Hank se colocaba a su lado para tomarla por la cintura.

–Aún no les he contado nada –le dijo al oído. –Quería hablar contigo antes… aunque nadie nos va a creer si decimos que sólo somos amigos.

Ella no se molestó en protestar. Se acostaban juntos y negarlo los haría quedar como dos tontos.

–Muy bien.

–Ginger, papá, os presento a Gabrielle Ballard.

Hank Renshaw Sr., que era una versión mayor de su hijo, inclinó solemnemente la cabeza. No le hacía falta un uniforme para parecer un general; incluso con un polo de golf tenía tal aire militar que Gabrielle tuvo que contenerse para no hacer un saludo.

Ginger Landis Renshaw le ofreció su mano con una sonrisa que parecía auténtica.

–Disculpa que hayamos venido sin avisar. Deberíamos haber llamado antes.

Su pelo rubio ceniza estaba perfectamente cortado y peinado, en contraste con las greñas de Gabrielle. Sabía que tenía sesenta años, pero parecía mucho más joven. Con un jersey rosa pálido, vaqueros de diseño y un collar de perlas, Ginger no era lo que había esperado. Afortunadamente porque lo que había esperado daba mucho miedo.

La había visto en las noticias, siempre elegante, refinada e inteligente. A veces dura y decidida. Aunque con ella se mostraba muy simpática.

–Yo soy Ginger –se presentó la mujer, algo totalmente innecesario. –Encantada de conocerte, Gabrielle. Aunque no sé muy bien a quién estoy saludando porque Hank solo nos ha dicho tu nombre.

Había dejado que ella decidiese cómo quería presentarse y eso era de agradecer.

–Hank y yo somos amigos desde hace tiempo. Acaban de operar

a mi hijo y él me está ayudando porque… mi prometido murió.

Ya lo había dicho. A partir de ese momento, Hank podía decidir qué quería contarles.

Los cuatro dejaron escapar un colectivo suspiro de alivio y Ginger se llevó una mano al collar de perlas.

–Entonces, el bebé no es de Hank.

–No, claro que no.

Evidentemente, se habían llevado un disgusto al creer que tenían un nieto del que no sabían nada. Y, aunque Hank debía saber lo que estaban pensando, los había hecho esperar hasta que ella decidiera qué quería contarles.

Hank señaló a la pareja más joven.

–Éste es mi hermanastro, Jonah, y su mujer, Eloísa. Y su hija –añadió, señalando el bebé que llevaba en brazos– que también se llama Ginger. Jonah es quien me ha alquilado esta casa.

–Ah, ya veo.

Ginger puso una mano en su brazo.

–Siento mucho esta repentina invasión, pero la revista Architectural Digest va a hacer unas fotografías de la casa mañana por la noche.

–¿Por qué no me lo dijiste? –Hank se apartó un poco para hablar a solas con su hermanastro.

–No he podido hacerlo –respondió Jonah. –Mamá lo arregló todo ayer… como una excusa para venir, claro. Te he llamado, pero tú no contestabas al móvil.

–¿Van a fotografiar la casa? –exclamó Gabrielle.

–Y a nuestra familia –respondió Ginger. –Aparte de ser una buena publicidad para Jonah, es una oportunidad para que yo presuma de familia sin que haya *paparazzi* escondidos entre los árboles.

Leonie tendría que librarse de sus revistas si quería tener la aprobación de la embajadora.

–Hemos descubierto que si nos dejamos fotografiar de cuando en cuando, el público se aburre de nosotros y nos deja en paz –intervino el general.

–¿Quieres participar en la sesión? –le preguntó Ginger. –Los amigos son siempre bienvenidos.

–No sé qué decir…

Era cierto, estaba abrumada.

–No tienes que decidirlo ahora mismo, pero me alegro mucho de conocerte. Además, tendrás tiempo para pensarlo mientras deshacemos las maletas. Señores, ¿podrían sacar las cosas del coche?

Asustada, Gabrielle miró a Hank y vio una mezcla de

frustración y resignación en sus ojos.

Su familia iba a quedarse allí.

–¿Te importa que nos quedemos? –le preguntó su padre.

Hank estaba sacando maletas del Mercedes todoterreno aparcado en la puerta.

–No, general, claro que no.

–Hijo…

Su padre había pertenecido a la Junta de Jefes de Estado Mayor, pero seguía molestándose cuando sus hijos lo llamaban «general».

–¿Sí, papá?

–Así está mejor –dijo él, sacando una enorme maleta del coche.

Había un segundo vehículo aparcado detrás del Mercedes, un utilitario negro con dos hombres vestidos de oscuro. Su padre y Ginger tenían un guardaespaldas y, sin duda, la seguridad extra era por el lado de la familia real.

A partir de ese momento nada de besarse en el solárium, pensó.

–¿El niño es hijo tuyo?

Hank se detuvo de golpe.

–Ya has oído a Gabrielle, no es mío.

–Sé lo que ha dicho, pero tal vez intentaba protegerte.

Hank tuvo que contener el deseo de darle la espalda. Le había molestado que lo interrogase a los dieciséis años, que lo hiciese ahora era una cuestión de honor.

–Nadie tiene que protegerme, especialmente Gabrielle. Si Max fuese hijo mío, tú lo sabrías.

–¿Tú crees? No eres famoso por compartir tus cosas con el resto de la familia –bromeó su padre.

–Muy bien, de acuerdo –asintió él. –Pero tener un hijo no es algo que yo escondería nunca. Y aunque hubiese decidido hacerlo, no dejaría sola a Gabrielle con esa carga.

–Por supuesto que no. Yo sé que eres un hombre honrado.

–Gracias –Hank empezó a subir los escalones del porche.

–Y también eres un hombre muy reservado, de modo que no es fácil para ti ser miembro de esta familia.

–¿No me digas?

Su padre rio y Hank rio con él. La última semana y media había sido tan estresante… estupenda en muchos sentidos, como cuando el cirujano les dijo que Max iba a ponerse bien o la noche anterior con Gabrielle. Pero el fantasma de Kevin seguía estando entre ellos.

Su padre lo tomó del brazo cuando llegaron a la puerta.

–Si el niño no es tuyo, ¿de quién es?

–De mi amigo Kevin, un piloto de mi escuadrón que murió en

Afganistán.

Esas simples palabras avivaban el recuerdo de su pesadilla.

–Lo siento mucho, hijo.

–Bueno, ya sabes cómo es esto.

–¿Seguro que sabes lo que haces?

–No he pedido tu opinión, papá.

–Ya sé que no la has pedido, pero uno no llega a ningún sitio si se sienta a esperar que lo inviten a decir algo.

–Muy bien. Entonces no te preguntaré si te importa que me marche.

–El niño es muy pequeño, de modo que el padre no puede haber muerto hace mucho tiempo.

Esas palabras detuvieron a Hank, que se había dado la vuelta para entrar en la casa.

–Diez meses –respondió, sin volverse, el olor de la pólvora y el estruendo de las detonaciones tan reales como si estuviera de vuelta allí, viviendo ese infierno de nuevo.

–¿Seguro que ella ha dejado de llorar por él? –preguntó su padre, poniéndole una mano en el hombro. –No digo que no sea la mujer adecuada para ti, solo que tal vez este no sea el mejor momento.

Esas palabras quedaron colgadas en el aire. Por mucho que Hank quisiera vivir su propia vida, el legado de Hank Renshaw Jr. lo seguía a todas partes. ¿Algo en sus genes lo empujaba a intentar conseguir tantas cosas como él, aunque hiciera todo lo posible por ser diferente?

Su padre se había enamorado de la viuda de su mejor amigo… pero había esperado una década para hacer algo al respecto.

¿Iba él a hacer lo mismo?

Hank se quedó en el porche mucho después de que su padre hubiese entrado en la casa.

Mientras los demás deshacían sus maletas, Gabrielle estaba con las dos Ginger en el solárium, la niña correteando mientras Max dormía en su moisés. Podrían ser una familia y… debía ser sincera consigo misma: ella querría aquella vida.

Bueno, aparte de los guardaespaldas que hablaban por radio continuamente.

–¿No te cansas de que los guardaespaldas te sigan a todas partes?

Ginger giró la cabeza para mirar hacia el jardín, como si hubiera olvidado que estaban allí.

–Sí, pero intento recordar que son parte del trabajo que he tenido la suerte de hacer –respondió, tomando a su nieta en brazos.

–Aunque ser abuela es el mejor trabajo del mundo.

–¿Mejor que ser secretaria de estado?

–Mucho mejor. Y te da muchas más recompensas, te lo aseguro –Ginger dejó a la niña en el suelo cuando empezó a protestar. –Tu hijo es un cielo, por cierto. Si no te importa que pregunte, ¿por qué tiene una cicatriz en la barriguita?

–Lo han operado de un problema digestivo, pero ya está bien –respondió Gabrielle. Aunque era extraño resumir tantos meses de preocupación en una sola frase. –Por eso estoy aquí. Hank me está ayudando porque Max es hijo de su amigo Kevin. Está haciendo de padre suplente, se podría decir.

–Pero es evidente que Hank también es amigo tuyo.

¿Estaba preguntado por curiosidad o como una madrastra preocupada?

–Somos amigos, sí.

–Yo conozco a Hank desde que era de la edad de tu hijo.

–¿En serio? Pero yo pensé que se había casado con el general hace unos años.

–Y así es, pero mi primer marido era compañero del padre de Hank en las fuerzas armadas –sus ojos azules, del mismo tono que los de su hijo Jonah, se iluminaron con un brillo de nostalgia. –Mi marido, Benjamin, no era un militar de carrera como Hank. Se alistó en el ejército durante unos cuantos años, pero luego se metió en política.

Según los expertos, Ginger era más astuta e inteligente que su marido; una mujer nacida para la política, decían. Había sido secretaria de estado y en aquel momento era embajadora en un país sudamericano…

Y resultaba difícil no sentirse intimidada por tanto poder.

De modo que Gabrielle la escuchó, preguntándose por qué le contaba aquello. Sin duda, Ginger Landis sería tan astuta defendiendo a su familia como lo era negociando por su país.

–Fuimos amigos de Hank y Jessica durante mucho tiempo y mis hijos jugaban con los suyos –siguió ella. –Cuando Jessica murió, yo ayudé a Hank con los niños y él me ayudó con los míos cuando murió Benjamin –Ginger hizo una pausa, parpadeando para disimular una pena que, aparentemente, el tiempo no había logrado curar. –Nunca hubo nada entre nosotros mientras Jessica o Benjamin vivían, nada. Créeme, nos sorprendió mucho cuando nuestra amistad se convirtió en algo más.

Gabrielle intentó disimular la vergüenza que seguía sintiendo por haber besado a Hank mientras Kevin vivía. Él podría haberlos perdonado, pero ella no podía perdonarse a sí misma.

Miró hacia el jardín, intentando controlar sus emociones, pero

vio a Hank dirigiéndose a un guardaespaldas con las manos en los bolsillos del pantalón.

No parecía menos imponente con los vaqueros que con el uniforme.

Como su padre.

Ginger sonrió entonces.

–En fin, estábamos hablando del pequeño Hank.

–¿El pequeño Hank?

–¿Qué quieres que te diga? –Ginger se encogió de hombros, sonriendo afectuosamente al mirar a su hijastro. –Para mí, siempre será el niño que correteaba por la acera. Le encantaba jugar en la calle y era el jefe de la pandilla, pero siempre era justo, demasiado justo.

Gabrielle apartó los ojos de Hank para concentrarse en la conversación. Ginger le recordaba a su madre: la perfecta esposa de un militar con quien nadie podría compararse.

–¿Cómo puede alguien ser demasiado justo?

Ginger se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Aparentemente, había decidido ir al grano y dejarse de rodeos.

–Hank siempre piensa en los demás antes que en él mismo.

–¿Quieres decir que yo estoy utilizándolo?

–No, por Dios. Sólo digo que Hank es una persona tan generosa que tal vez no te haya dicho lo que siente de verdad. Pregúntale qué quiere, Gabrielle. Y pregúntale otra vez hasta que te diga la verdad.

¿Había preguntas que no le había hecho? ¿Sería posible que Hank solo estuviera con ella sencillamente porque era un buen tipo?

La noche anterior había empezado a abrirle su corazón, pero luego se asustó tanto que salió huyendo. Había ido a buscar a su hijo en lugar de volver a la cama con ella.

¿Y Ginger pensaba que debía insistir? En lugar de ayudarla, esa revelación la hacía temer no ser la persona adecuada para Hank.

Había aceptado su ayuda desde que volvió a aparecer en su vida, pero Hank merecía a alguien que tuviese algo que ofrecer. Alguien que pudiese romper sus barreras y cuidar de él. Con cada segundo que pasaba, la posibilidad de un futuro con Hank le parecía más complicada, más improbable.

Ginger se levantó entonces, pasando las manos por su sus elegantes vaqueros.

–Bueno, ya está bien de charla seria por un día. Vamos a divertirnos.

–¿Qué? –exclamó Gabrielle, sorprendida por el cambio de tema.

–Van a traer ropa para la sesión de fotos de mañana y una mamá reciente merece pasar la tarde en un spa.

Capítulo 11

Hank se sentía como un adolescente entrando a escondidas en la habitación de Gabrielle, pero no había podido estar a solas con ella desde que llegó su familia.

Primero, su madrastra la había secuestrado para probarse vestidos y luego, durante la cena, que había sido interminable, habían alternado entre interrogarla sutil y no tan sutilmente y hablar de la sesión de fotos del día siguiente.

¿Quién hubiera dicho que sus parientes eran aves nocturnas? Aquella era su casa, demonios, pero eso no parecía detener a nadie. Las barreras habían desaparecido mucho tiempo atrás en su familia y tanto escrutinio lo molestaba más de lo habitual.

El de su padre más que ninguno. ¿Y si tenía razón y Gabrielle no había olvidado a Kevin? ¿Y si nunca había dejado de amarlo?

Hank puso la mano en el picaporte, pensativo. Había temido decirle la verdad dos años antes y había sido un infierno para él. Pero después de haber estado con ella no se creía capaz de seguir fingiendo.

Llamó suavemente con los nudillos antes de asomar la cabeza en la habitación… pero Gabrielle no estaba en la cama. Sorprendido, entró en la habitación y la vio recostada sobre el escritorio, profundamente dormida.

¿Cuántas veces se quedaba dormida delante del ordenador?, se preguntó. Pasar la tarde probándose vestidos con su madrastra debía haberla dejado agotada.

Furioso, Hank echó el cerrojo. Si alguien quería entrar, tendría que aporrear la puerta. Sus padres eran buenas personas, pero tenían por costumbre meterse en la vida de los demás «por su propio bien».

Con cuidado, la tomó en brazos para llevarla a la cama, pero Gabrielle abrió los ojos.

–¿Hank?

–Shhh… duérmete. Solo voy a llevarte a la cama para que estés más cómoda.

Ella le echó los brazos al cuello, aparentemente no tan grogui como creía.

–Espera, déjame en el suelo. Casi he terminado lo que estaba haciendo…

–¿Tienes que entregarlo mañana?

–No.

–Entonces, lo terminarás en otro momento. Ya habrá tiempo para eso.

Gabrielle le pasó los dedos por el cuello de la camisa.

–También tengo tiempo… para esto –el mordisquito en el cuello le provocó un escalofrío de deseo que fue directamente a su entrepierna.

Olía a lavanda y a Gabrielle, un aroma ya tan familiar que casi podía saborearlo.

La dejó sobre la cama, o más bien la tiró, y dio un paso atrás, haciendo lo imposible por portarse como un caballero.

–Deberías dormir.

–He dormido más que suficiente esta semana, gracias a ti y a Leonie –Gabrielle se quitó el albornoz. –Te aseguro que sé lo que necesito en este momento.

Podría ser un canalla egoísta, pero al verla tumbada en la cama con una braguita verde no pudo decir que no.

–¿Y qué necesitas exactamente? –Hank sacó un preservativo de la cartera antes de dejarla sobre la mesilla. –Porque me gustaría saber los detalles.

–A ti, aquí, haciendo todo lo que yo diga.

Él enarcó una ceja.

–¿En serio? ¿Quieres…?

–Controlarte. ¿Algún problema?

El brillo de desafío en sus ojos verdes lo encendió aún más, si eso era posible.

–Ninguno en absoluto –Hank se quitó la camisa y los vaqueros y se tumbó a su lado en la cama. –¿Qué vas a hacer conmigo ahora que me tienes a tu disposición?

Tomándolo por los hombros, Gabrielle lo tumbó de espaldas sobre la cama para colocarse a horcajadas sobre él.

–Tendrás que esperar.

–¿Y cuánto tiempo tendré que esperar?

–Paciencia –murmuró ella, moviéndose adelante y atrás.

Dejando escapar un gruñido, Hank sujetó sus caderas para intentar marcar el ritmo, pero ella no se lo permitió.

–¿Qué haces?

Gabrielle tenía en la mano el cinturón de su albornoz y empezó a acariciarlo con él desde el torso hasta el ombligo, sonriendo mientras se inclinaba…

Para taparle los ojos.

¿Y quién era él para discutir si quería llevar el control?

Suspirando, intentó relajarse mientras lo acariciaba con las manos, los labios y el pelo como había hecho él con la máscara de

Mardi Gras.

El roce de su pelo sobre su miembro erecto amenazaba con hacerlo explotar, el aroma a lavanda llenaba sus pulmones cada vez que respiraba.

Gabrielle empezó a acariciarlo con la mano, excitándolo como nunca, pero cuando sintió la caricia de sus labios tuvo que agarrarse al cabecero de la cama…

Unos segundos después, cuando no pudo soportarlo más, se quitó la venda de un tirón.

–Muy bien, tú ganas. Si no te toco, voy a perder la cabeza.

Ella le dio un beso en el estómago, ronroneando.

–Soy toda tuya.

«Gracias a Dios».

Hank la tumbó de espaldas sobre el colchón y se puso el preservativo en tiempo récord antes de enterrarse en ella.

Sujetando sus manos sobre la cabeza, empujó una y otra vez, observando su rostro para comprobar que estaba tan excitada como él, sin control.

Algo en aquella mujer le robaba el sentido común, poniendo su mundo patas arriba.

Gabrielle levantó la mirada, sus pupilas dilatadas y el rostro enrojecido de placer, claras señales de que estaba tan cerca del abismo como él. Pero se contuvo, esperando, mirándola… hasta que vio que llegaba al clímax.

Solo entonces se dejó ir, empujando una y otra vez. Pero mientras se derramaba dentro de ella quería más.

Lo quería todo.

Gabrielle sería su esposa y al demonio con todo lo demás.

Pensaba insistir hasta que ella le dijera que sí.

Frente al espejo de cuerpo entero del armario, Gabrielle intentaba subir la cremallera de su nuevo vestido temiendo rasgar la tela si tiraba con demasiada fuerza.

¿Quién habría imaginado que la sesión incluiría fotos de cuerpo entero con vestido de noche? Había tenido que hacerse la manicura, la pedicura, un elegante moño francés… aunque todo eso había sido muy agradable.

Pero se quedó de piedra al ver que iba a llevar un vestido del diseñador favorito de las actrices de Hollywood. Con la conciencia un poco más tranquila cuando Ginger le dijo que no debía preocuparse porque lo donarían a una organización benéfica después de la cena, Gabrielle había aceptado el préstamo para la sesión de fotos.

El vestido de satén en color ciruela le recordó lo que Hank y

ella habían hecho por la noche en la cama… el juego con la venda y, más tarde, con las manos atadas había durado casi hasta el amanecer, dejándolos a los dos saciados y agotados.

Pero lo que ocurrió esa noche también la había dejado desconcertada porque había visto una intensidad en los ojos grises de Hank que casi la asustaba.

Las cosas iban demasiado aprisa y ella quería tiempo para pensar antes de hacer pública su relación. Claro que esa posibilidad había desaparecido en cuanto su familia apareció en la casa sin anunciarse.

En ese momento oyó un golpecito en la puerta.

–Soy yo, Hank. ¿Estás lista?

Gabrielle se acercó a la puerta para decirle que había cambiado de opinión sobre la sesión de fotos porque sería como declarar públicamente que mantenían una relación, por mucho que dijera su madrastra.

Pero no pudo hacerlo.

Hank iba de uniforme, con las plateadas alas de aviador y montones de medallas en la pechera. Lo había visto de uniforme otras veces, pero entonces estaba con Kevin y siempre mantenían las distancias.

Gabrielle le puso una mano sobre el torso.

–Me dejas sin aliento.

–Yo debería decirte eso a ti –replicó él, sin molestarse en mirar el vestido, sus ojos clavados en los suyos.

Ella le acarició la boca, la boca que tanto placer le había dado la noche anterior. Si pudieran encerrarse en la habitación… pero no podían hacerlo.

Había gente abajo esperando para la sesión de fotos y eso le recordaba…

–Necesito que me ayudes a subir esta cremallera.

–Mientras me dejes bajarla más tarde –bromeó Hank.

–No sé si yo debería aparecer en las fotos. ¿Y si la gente piensa… más de lo que debería pensar?

–Pensarán que eres mi novia y es verdad. Incluso podrían pensar que somos amantes, que también es verdad –Hank puso una mano en su cintura, concentrándose en subir la cremallera. –O pensarán que eres una modelo que hemos contratado para la sesión de fotos.

–Hablo en serio. ¿No crees que sería mejor que yo no apareciera? Podría quedarme en la habitación con Max o ir dando un paseo hasta el lago Ponchartrain.

–Cualquiera de las dos cosas suena infinitamente más tentadora que cenar con mi familia… siempre que yo esté incluido.

–No, no, tú tienes que cenar con ellos. No quiero crear problemas con tu familia.

–Su opinión nunca me ha detenido, te lo aseguro.

Pero si lo hacía, Ginger se llevaría un disgusto. Y aunque preferiría que no se metiesen tanto en sus asuntos, Gabrielle sabía que Hank quería a su familia.

–En fin, creo que estamos atrapados. Vamos a cenar y luego podremos ir dando un paseo hasta el lago.

–¿Estás segura?

–Sí, lo estoy.

–Muy bien, entonces tenemos una cita para después de la cena. Espera un momento…

Hank tomó una cajita que había escondido encima del armario de la que sacó una pulsera de diamantes con pendientes a juego y Gabrielle lanzó una exclamación, tanto por la belleza de las joyas como por lo que debían costar. ¡Solo con los diamantes de la pulsera se podría dar la entrada para una casa!

–Hank, yo no puedo…

–Solo para la sesión de fotos –la interrumpió él, poniéndole la pulsera. –Si tienes algún problema, háblalo con Ginger.

Gabrielle se puso los pendientes mientras se miraba al espejo.

–¿Y si se me caen en la sopa?

Hank la tomó por los hombros.

–Solo son unos pendientes.

–De diamantes.

–Nunca me ha importado el dinero, pero la verdad es que me gusta gastarlo contigo. Me gusta hacerte la vida más fácil.

Ella le acaricio el rostro, el brillo de sus ojos la emocionaba más que cualquier joya.

–Gracias, pero no me gusta la idea de ser una mantenida.

–Podrías ser mucho más que eso. Podríamos vivir juntos –dijo Hank entonces. –Yo podría ayudarte con Max.

A Gabrielle se le encogió el corazón.

–Hank, por favor… me he esforzado mucho para forjarme un futuro y no quiero tomar decisiones apresuradas.

–¿Decisiones apresuradas? –repitió él. –Llevo dos años enamorado de ti… entonces éramos amigos, ahora somos amantes –su voz se volvía más tensa con cada palabra. –Maldita sea, si fuera por mí ya estaríamos casados.

Gabrielle intentó decir algo, pero no le salían las palabras. Ya estaba medio enamorada de él y esa confesión la emocionaba… ¿pero casarse?

Por mucho que dijera, ese paso era demasiado importante.

–Tu entusiasmo es abrumador –dijo él, dolido.

–Es que me ha sorprendido. No sé qué decir.

Hank se apartó entonces, irguiendo los hombros.

–Deja que te lo ponga fácil para que no tengas que inventar excusas. Mi padre cree que debería darte más tiempo para que olvides a Kevin. ¿Sigues enamorada de él?

Gabrielle negó con la cabeza.

–No es tan sencillo.

–Para mí, sí lo es.

¿Cómo había perdido el control de la conversación? ¿Cómo había perdido el control de su vida? Gabrielle intentó encontrar las palabras adecuadas…

–Kevin y yo teníamos problemas. Sabes que discutíamos mucho y ahora tú me presionas para que tome la misma decisión.

–¿Era por eso por lo que discutíais tanto?

–Sí.

–Pero discutíais a menudo. Aquel día debió ocurrir algo más.

Hank Renshaw era un hombre muy perceptivo, evidentemente. Gabrielle quería dejar atrás el pasado, pero eso no sería posible con Hank porque sus vidas estaban estrechamente unidas.

–Habíamos discutido porque la última vez que estuvimos juntos olvidamos usar preservativos. ¿Estás contento ahora? –le espetó, mientras se ponía unas sandalias plateadas. –Vamos a cenar.

–No estoy contento, pero quiero saberlo todo.

¿Por qué seguía insistiendo? ¿Por qué no le daba más tiempo?

Quería a Hank y perderlo la asustaba casi tanto como tomar una decisión sin pensarlo bien. Necesitaba que entendiese lo que había ocurrido entre Kevin y ella, contarle cosas que no le había contado a nadie.

–Ese día nos peleamos de nuevo porque Kevin quería ir de fiesta y yo no quería beber. Solo quería estar con él antes de que se marchase a Afganistán… no sé, incluso he llegado a pensar que tal vez estaba buscando una excusa para romper la relación.

Resultaba imposible saber lo que Hank estaba pensando. Gabrielle había querido ayudarlo a superar el dolor de ver morir a Kevin, pero no se le había ocurrido pensar que estuviera… y tal vez no debería pasar por alto esa posibilidad.

–Así que nos peleamos de nuevo y yo estaba tan cansada de ser siempre la responsable, la adulta en esa relación… así que le dije que no estaba preparada para formar una familia, que no quería ser como mi madre.

Y pensar que su precioso hijo ya estaba creciendo dentro de ella…

–¿Por eso no le contaste que estabas embarazada?

–No se lo conté porque temía que lo utilizase para presionarme.

Hank se pasó una mano por la cara, como si no supiera qué pensar.

–¿Por qué no me has contado eso antes?

–Porque no es agradable contar ciertos detalles de mi relación con Kevin.

No se lo había contado nadie. Era algo entre su prometido y ella y, por muy atraída que se sintiera por Hank entonces, Kevin merecía su lealtad.

–Quiero decir por qué no me contaste que teníais problemas más serios que si te mudabas con él o no –dijo Hank, angustiado. –¿Sabes lo culpable que me he sentido durante todo este tiempo?

–No más que yo, te lo aseguro. Pero entonces no quería traicionar a Kevin contando algo tan personal.

¿Habría cambiado algo si hubiera sido sincera con Hank ese día?

«No podías ser más sincera con él porque no lo eras contigo misma».

–Dices que no quieres ser como tu madre, pero eres tan controladora como ella. Estás matándote para demostrarle a todo el mundo que no necesitas a nadie.

–Eso no es justo.

Se había instalado en la casa con él, había dejado que Leonie la ayudase a cuidar de Max y de ella…

–Pero es sincero –afirmó Hank.

–Si no puedes aceptarme como soy, esto no va a funcionar.

Había luchado demasiado para conseguir su independencia como para tirarlo todo por la ventana en cuanto Hank Renshaw se lo pedía. Lo deseaba, pero eso no significaba que fuese a darle el control de su vida.

El silencio se alargó, como si estuvieran a varios kilómetros el uno del otro. Y entonces lo supo: no había manera de llegar a él.

Hank decía que ella quería controlarlo todo y, sin embargo, era él quien le decía lo que debía hacer.

Esperó que dijese que estaba equivocada, que todo iba a salir bien, pero no lo hizo. Kevin se enfadaba cuando no hacía lo que él quería y Hank se alejaba de ella, levantando un muro entre los dos. Pero el fracaso dolía más en aquella ocasión.

Menudo momento para reconocer que se había enamorado total, absolutamente de Hank Renshaw.

Capítulo 12

Desde el día que Hank conoció a Gabrielle se había preguntado qué habría ocurrido si la hubiera conocido antes que Kevin. Pero dos años después había tenido una oportunidad y se la había cargado en menos de dos semanas.

Ella iba de su brazo mientras bajaban al cuarto de estar para la sesión de fotos. El general esperaba en el pasillo llevando el mismo uniforme que él, pero con tantas medallas que era un milagro que el peso no lo hiciera caer de bruces.

Ginger, vestida de rojo, estaba encantada. Había manipulado aquella situación con mano maestra y parecía tener muchas expectativas. ¿La llegada de su familia había empeorado la situación o sencillamente había expuesto lo inevitable?

De repente, Hank no tenía control sobre su mundo y no podía hacer nada al respecto, como cuando murió su madre, como cuando su hermana fue secuestrada. Como cuando Kevin murió.

El fotógrafo no dejaba de hacer fotografías. El clic de la cámara le recordaba los disparos del fusil ametrallador que mató a Kevin y, de repente, sintió que se quedaba sin aire, su corazón latiendo con tanta fuerza que apenas podía respirar.

No podía obligar a Gabrielle a aceptar lo que él tenía que ofrecerle, pensó. Solo podía poner un pie delante de otro como había hecho toda su vida…

Gabrielle, que en cualquier otra ocasión hubiera disfrutado de la elegante cena, tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar las lágrimas. Pero se negaba a avergonzar a Hank poniéndose a llorar. ¿Cómo iba a explicárselo a su familia?

Soportaría la cena y después decidiría lo que debía hacer.

La casa había sido transformada por completo, convirtiéndola en todo lo que ella había soñado. Había flores por todas partes, bandejas y copas de cristal, platos de porcelana, cubiertos de plata para dieciséis personas…

¿Dieciséis?

Gabrielle miró a Ginger y al general. Y luego a Jonah, con esmoquin, y a su mujer, que llevaba un vestido dorado.

¿Quién más iba a cenar con ellos?

El timbre de la puerta sonó en ese momento y, por instinto, Gabrielle dio un paso atrás cuando todos los Renshaw y los Landis entraron en el cuarto de estar. Allí estaban los otros tres hijos de

Ginger con sus esposas y las dos hijas del general con sus maridos, una mezcla de uniformes, trajes de chaqueta y vestidos de diseño.

Las presentaciones fueron hechas a toda prisa, con Ginger insistiendo en que se sentasen a la mesa.

Aquel evento había sido orquestado por ella, naturalmente. Todos habían sido llamados para «inspeccionar» a la amiga de Hank. Era lógico que él levantase barreras.

Una vez sentados a la mesa, Jonah se volvió hacia Hank.

–¿No sabías que vendría toda la familia a la sesión de fotos?

–Pues no, no lo sabía –respondió Hank. –¿Dónde se alojan?

–En otra casa, a una manzana de aquí.

–Tú tampoco me habías dicho nada, por cierto. Si hubiera sabido que iba a tener que soportar que me mirasen como si estuviera en un zoo…

–Y te preguntas por qué nadie te dice nada –intervino la mujer de Jonah, con tono burlón. –Aunque yo creí que lo sabías. Tal vez Ginger pensó que el general te lo había contado.

–No te lo crees ni tú. Esto es una trampa, así de sencillo.

Gabrielle le apretó el brazo.

–¿Pero para qué?

–Para que vieras dónde ibas a meterte.

–Eso me parece un poco exagerado.

Jonah se encogió de hombros.

–¿Exagerado? Tal vez. Pero yo he decidido que lo mejor es seguirles la corriente.

Era más fácil decirlo que hacerlo, pero Gabrielle intentó sonreír mientras respondía preguntas a derecha e izquierda. Eran personas encantadoras con las que en cualquier otro momento lo hubiera pasado bien, pero encariñarse con ellos para decirles adiós le rompería el corazón un poco más.

Apenas pudo disfrutar de las tapas y el cabernet que sirvieron durante la cena, de cinco platos, porque solo podía pensar en Hank, en su proposición y en lo diferente que hubiera sido seis meses más tarde, cuando los dos hubieran puesto cierta distancia, cuando su hijo estuviese recuperado del todo, cuando la muerte de Kevin quedase un poco más lejos.

Durante el postre, estaba a punto de ponerse a llorar y temía que el fotógrafo se diese cuenta.

Cuando el timbre sonó de nuevo Hank hizo una mueca, aunque era imposible que nadie se hubiera saltado el control de seguridad sin llevar identificación.

Pero entonces oyeron voces en el pasillo, voces familiares, y Gabrielle miró a Ginger, incrédula.

–¿Has invitado a mis padres? –exclamó.

–¿Gabby? –escuchó la voz de su madre, su acento alemán más suave después de vivir tantos años por todo el mundo. –¿Dónde está mi niña? ¿Dónde está mi nieto?

Gabrielle se levantó y el general hizo lo propio, colocándose ante la cámara del fotógrafo.

Sus padres estaban en el quicio de la puerta, con aspecto cansado después de un viaje tan largo. No iban vestidos de fiesta, pero su madre siempre había sido una mujer elegante.

–Señor Ballard… Christine y Edward, bienvenidos –dijo Ginger.

Gabrielle les dio un abrazo y Hank se levantó para saludarlos.

–Mamá, papá… ¿qué estáis haciendo aquí?

–Sentimos mucho interrumpir esta cena –se disculpó su madre mirando su vestido y sus pendientes con cara de sorpresa. –No sabíamos que habría tanta gente…

–Señora Ballard, sargento Ballard, soy Hank Renshaw –se presentó él. –Es un placer conocerlos. Vamos un momento a la biblioteca mientras los camareros colocan dos sillas para ustedes.

La mujer de Jonah y las hermanas de Hank hicieron un semicírculo a su alrededor para que el fotógrafo no los molestase. Parecían movimientos casi ensayados, seguramente por su costumbre de lidiar con los medios de comunicación.

Hank llevó a sus padres a la biblioteca y Gabrielle no pudo dejar de pensar que era el sitio donde lo había encontrado el día anterior con su hijo sobre el pecho.

Todo estaba ocurriendo a tal velocidad…

La puerta de la habitación con estanterías vacías del suelo al techo se cerró y su madre se volvió hacia ella.

–Hemos venido a echarte una mano, pero parece que no necesitas ayuda –le dijo, mirando a Hank con curiosidad. –Dijiste que tu amigo estaba ayudándote, pero cuando se trata de un bebé la ayuda de un hombre no es lo mismo que la ayuda de una mujer.

¿Qué le estaría diciendo Hank a su padre en una esquina?, se preguntó Gabrielle.

–¿Cuándo habéis llegado?

–Hace un rato. Nos alojamos en un hostal cerca de aquí –respondió su madre. –Habríamos querido venir antes, pero hemos tenido que esperar que los turistas de Mardi Gras se marchasen para encontrar una habitación libre en la ciudad. Además, no sabíamos cuál era la situación con… tu amigo.

Porque ella no se lo había contado. Se había alejado de sus padres por miedo a que juzgasen su decisión de tener a su hijo sola.

Por miedo a convertirse en una niña otra vez y dejar que su madre se hiciera cargo de su vida.

Pero no podía quedarse allí tras su pelea con Hank. Tenía el

corazón roto y necesitaba llorar. No huía de él, solo quería un poco de espacio para pensar, algo que no podría hacer en una casa en la que había veinte personas.

Además, se lo debía a sus padres, que habían cruzado el Atlántico para ver a su nieto.

–Me voy con vosotros –dijo de repente, lo último que hubiese esperado decir nunca. –Voy a guardar algo en la maleta… volveré en diez minutos.

–¿No crees que es un poco temprano para beber alcohol?

Hank, en el solárium, tomó un trago de cerveza sin responder a su padre. Sentado allí, mirando el jardín y atormentándose con los recuerdos de Gabrielle, no se le ocurría nada mejor que beber hasta emborracharse.

Gabrielle se había marchado con sus padres la noche anterior, deteniéndose un momento para despedirse de su familia.

A Hank se le había roto el corazón, pero no había sabido cómo retenerla.

–¿Quieres una cerveza?

–Sí, claro –su padre se dejó caer sobre una silla y sacó una botella del cubo de hielo que había en el suelo. –No quiero que bebas solo.

–Muy amable por tu parte.

–Y tienes suerte. Soy el único de la familia dispuesto a soportar tu mal humor.

–Con todo respeto, general, yo no os pedí que vinierais y vuestra llegada ha sido un desastre.

Su padre inclinó a un lado la cabeza.

–¿Por qué?

–Fuiste tú quien dijo que Gabrielle necesitaba tiempo para llorar a Kevin y no creo que aparecer aquí sin anunciaros fuese la mejor idea.

–¿Estás enamorado de ella?

Hank tomó un trago de cerveza, en silencio.

–Imagino que te sentías culpable por querer a Gabrielle cuando Kevin y ella estaban juntos –siguió su padre.

–¿Por qué crees que sentía algo por ella entonces? –le preguntó Hank.

–Volviste a Nueva Orleans hace dos semanas y tú no eres el tipo de persona que se enamora inmediatamente de alguien.

–Podrías estar equivocado.

De hecho, lo estaba. Se había enamorado de Gabrielle el primer día que la vio.

Su padre enarcó una ceja.

–¿Lo estoy? Te conozco bien, hijo.

Hank tuvo entonces una extraña e incómoda sospecha.

–¿Tú sentías algo por Ginger mientras mamá vivía?

–Ginger y yo estábamos casados y los dos queríamos a nuestras parejas, de modo que los sentimientos llegaron después –respondió su padre. –De hecho, perdimos mucho tiempo intentando fingir que no pasaba nada. Era duro para un hombre como yo admitir que tenía miedo de perder de nuevo otra vez a la mujer de la que estaba enamorado.

Hank empezó a mirar al invencible general con otros ojos.

–¿Y Kevin? Yo quería a Gabrielle antes de que él muriese… y no puedo perdonármelo.

–Tú eres un hombre honorable, de modo que debe ser duro para ti –asintió su padre, sin juzgarlo.

–Es difícil reconciliarse con eso.

Y hasta que no lo hiciera, no podría ver una salida. Seguía queriendo ser el marido de Gabrielle y el padre de Max, pero debía superar el sentimiento de culpa o seguiría saboteando su relación una y otra vez.

Kevin podía perdonarlo cien veces, pero era él quien tenía que perdonarse a sí mismo. La verdadera razón de su pelea con Gabrielle no era por decidir dónde vivirían o quién de los dos llevaba el control. No, el problema era que Kevin estaba llevando el timón de esa relación desde la tumba.

–Hijo, tienes que dejar de castigarte a ti mismo por estar vivo.

–Es más fácil decirlo que hacerlo –Hank tuvo que contener el deseo de gritar de frustración. –Y esta conversación no me está ayudando nada. Estoy aquí, a punto de explotar…

–¿Estás a punto de explotar? Estupendo, entonces te falta poco.

–¿Te alegra que esté a punto de darle un puñetazo a la pared?

El general lo miraba con ojos comprensivos.

–Un militar pasa mucho tiempo preparándose para entrar en acción. Tienes que creer que eres invencible para soportar lo que ocurre en el campo de batalla y es difícil apagar ese interruptor cuando vuelves a casa.

En eso tenía razón. Había decidido conquistar a Gabrielle como si fuera una misión…

Hank se concentró en las palabras de su padre, buscando algo a lo que agarrarse para no dejarse llevar por la rabia y el dolor.

–Eso que dices tiene mucho sentido.

–Da igual que tenga sentido o no. Deja de pensar con tanta lógica, deja de huir. Duele mucho perder a tu mejor amigo y mucho más de la forma en la que ocurrió, pero solo hay una manera de superar el dolor.

–¿Cómo?

–Lanzándote de cabeza a la vida.

La sabiduría de su padre rompió la última de sus reservas. Hank cerró los ojos, dejando que una lágrima rodase por su rostro mientras se despedía de Kevin por última vez.

Capítulo 13

En contraste con el estruendo de la noche anterior, la habitación del hostal estaba en completo silencio. Gabrielle miró a Max, dormido en su moisés. Sus padres habían salido a dar un paseo antes de comer y, sorprendentemente, su madre no había insistido en que le contase nada.

La noche anterior se había ido de la casa de Hank a toda prisa… tenía que hacerlo para no ponerse a llorar delante de todos.

Se le rompía el corazón, pero no sabía qué hacer. Y cuanto más tiempo estuviera lejos de él, más difícil sería encontrar la manera de reconciliarse.

La puerta se abrió en ese momento y sus padres entraron en la habitación. Su padre, que no era nada hablador, llevaba una cajita blanca en las manos que dejó sobre la mesilla antes de darle un beso en la frente.

–Te quiero mucho, Gabby –le dijo, antes de entrar en la habitación contigua.

Su madre se sentó al borde de la cama.

–¿Te importa si me quedo contigo un rato?

–No, claro que no.

–Esos pralinés que ha comprado tu padre están riquísimos.

–Come los que quieras.

Christine sacó uno de la caja mientras miraba por la ventana. Gabrielle esperaba un sermón o un tercer grado, pero su madre no decía nada.

Por fin, cuando no pudo soportar más la tensión, le dijo:

–Pregunta lo que quieras.

Su madre la miró, poniendo cara de sorpresa.

–¿Preguntar qué?

–Por Hank y por mí. Has venido hasta aquí, así que di lo que tenga que decir.

–He venido para ver a mi nieto. Y también para conocer a ese hombre que, evidentemente, es tan importante para ti.

–Hank y yo ya no estamos juntos.

–¿Ah, no? Pues anoche me pareció que eras parte de la familia.

–No, era para el fotógrafo. Todo estaba preparado para una revista.

–No me refiero a la cena sino a cómo te mira. Ese hombre te quiere, Gabrielle.

Ella tragó saliva, emocionada.
–Puede que sienta algo por mí, pero no puede ser.
–¿Qué no puede ser?
–Siempre nos sentiríamos culpables. Hank siempre me verá como la novia de Kevin.
–¿Tú sigues viéndote como la novia de Kevin?
–No, claro que no. Él ha muerto y yo no puedo cambiar eso.
–Tú no podrías haber hecho nada por él, hija. No eres Superwoman.
–Mira quién habla, tú eres Superwoman.
–¿Yo?
–Claro. Tú haces que todo parezca tan fácil.
–La vida no es fácil, hija. No es nada fácil ser esposa de un militar y madre de cinco hijos.
Gabrielle la miró a los ojos para ver si estaba bromeando, pero descubrió que hablaba con total seriedad.
–¿Y por qué nunca pediste ayuda?
–Mi familia vivía muy lejos, mi marido estaba luchando en otro país y tenía cinco hijos a los que cuidar. La verdad, no tenía tiempo de quejarme.
Gabrielle entendía bien ese sentimiento.
–Si hubiese podido pedir ayuda lo habría hecho, te lo aseguro. Así habría tenido más tiempo para leeros cuentos, para hacer los deberse con vosotros o incluso para darme un baño de espuma. Nunca tuve tiempo para darme un baño de espuma.
A Gabrielle se le encogió el corazón al pensar en lo perceptivo que había sido Hank. Algunos podrían pensar que un baño era algo sin importancia, pero no lo era.
Christine tomó su mano entonces.
–Yo no sabía cómo resolverlo todo.
–¿Ah, no?
–Pues claro que no. Lo que pasa es que no te acuerdas de las cenas que quemaba o de cuando tuve un accidente con el coche porque olvidé ir a buscar a tu hermano a la guardería y salí de casa a toda prisa… créeme, entonces lloraba mucho. Nunca fui Superwoman –el acento alemán de su madre era más pronunciado cuando estaba agitada– y nunca fui perfecta. Lo que pasa es que aprendes con el tiempo y ahora se me da mejor solucionar las cosas.
¿Podría tener razón?, se preguntó Gabrielle.
–Si tú aprendiste con el tiempo, ¿no merezco yo la misma oportunidad?
–Desde luego que sí –Christine acarició su pelo como había hecho millones de veces, siempre a su lado, siempre cariñosa. –Sé que me meto en tu vida más de lo que debería, pero no puedo

evitarlo –su madre le pasó un brazo por los hombros. –¿Estás enamorada de Hank?

Gabrielle ni siquiera tenía que pensarlo porque esa era una verdad que estaba en su corazón; lo único que tenía sentido en su vida.

–Sí, mamá, estoy enamorada de Hank. Le quiero más de lo que nunca he querido a ningún hombre.

Por primera vez, no se sintió culpable al admitir que quería más a Hank de lo que había querido a Kevin. En realidad, había alargado la relación mucho más de lo que debería porque desde el principio era evidente que no estaban hechos el uno para el otro.

–Entonces no necesitas tener todas las repuestas ahora mismo. No tienes que ser perfecta, pero no te rindas. Da lo mejor de ti misma y el resto se solucionará con el tiempo.

Ese consejo era tan sensato que no sabía por qué no lo había visto antes. No tenía por qué saberlo todo, no tenía por qué hacerlo todo bien. Lo único importante era encontrar la forma de estar con el hombre al que amaba. Para siempre.

–Estoy decidida. Por completo.

–¿Entonces qué haces aquí? Ve a buscarlo. Tu padre y yo nos quedaremos con Max encantados.

Amor incondicional, pensó Gabrielle mirando los ojos de su madre, que la quería como ella quería a Max.

–Gracias, mamá –murmuró, abrazándola.

Solo esperaba que no fuese demasiado tarde para reclamar el amor que tan tontamente había desechado.

¿Cena familiar tres noches seguidas? Hank no sabía si estaban intentando batir un récord, pero su familia había ido a Nueva Orleans para estar con él y no podía echarlos de su casa, de modo que se sentó a la mesa mientras todos hablaban a la vez, como era la costumbre en aquella familia.

No estaban allí para molestar, sencillamente querían ser parte de su vida. Aprovechar que estaba de permiso para verlo y ofrecerle su cariño.

Y tras la conversación con su padre, debía confesar que aquella conexión con los Renshaw-Landis empezaba a gustarle. Habría que ser tonto para no reconocer que aquello era un regalo del cielo, algo por lo que muchas personas darían cualquier cosa.

La cena de aquella noche era informal, sin vestidos de fiesta ni camareros, pero Hank no podía saborear la cena sin Gabrielle.

Desde que habló con su padre había estado dándole vueltas a la cabeza para encontrar la forma de recuperarla. Se negaba a aceptar la derrota cuando su futuro estaba en juego.

Mientras probaba una gamba del golfo que le supo a cartón sonó el timbre y Leonie se levantó para abrir la puerta.

¿Qué familiares quedaban por aparecer?, se preguntó, frunciendo el ceño.

–¿Hank?

Era la voz de Gabrielle, la única voz que quería escuchar. ¿O estaba imaginándolo?

Entonces, milagrosamente, ella apareció en la puerta del comedor y el corazón de Hank empezó a latir con tanta fuerza que pensó que iba a ahogarse.

Se levantó, sintiendo los ojos de todos sus parientes clavados en él, pero solo podía ver a Gabrielle, con su pelo revuelto por el viento y su hermosa sonrisa.

Había vuelto y no pensaba hacer nada que la hiciese marcharse de nuevo, de modo que sonrió, esperando, dejando que ella tomase la iniciativa.

–Siento mucho molestar, pero… ¿puedo robaros a Hank un momento? Bueno, no sé si será solo un momento, tal vez lo retenga durante mucho, mucho tiempo.

Mientras todos reían, Ginger le apretó la mano.

–Cuánto me alegro de que hayas vuelto.

–Yo también.

Más que dispuesto a tenerla para él solo, Hank la tomó por la cintura para salir al pasillo. Al principio no dijo nada; se limitó a mirar su precioso rostro, con el que había soñado tan a menudo cuando estaba fuera del país.

–¿Qué te trae por aquí?

Gabrielle puso las manos sobre su torso.

–Tengo una sorpresa para ti.

–Tu llegada es sorpresa más que suficiente.

–No, no. Cierra los ojos –dijo ella, con un brillo travieso en sus ojos verdes. –Confía en mí.

Y él lo hizo. Confió en ella con todo su corazón y cerró los ojos, esperando que aquello tuviese un final feliz.

Gabrielle le puso una venda en los ojos.

–Para que no sientas la tentación de mirar.

Riendo, Hank le acarició el brazo.

–Imagino que no vamos a desnudarnos. Mi familia está en la habitación de al lado.

–Estás a salvo conmigo. Como yo contigo.

Gabrielle le tomó la mano para llevarlo hacia… debía ser el jardín porque notó el aire fresco en la cara.

–¿Dónde vamos?

–Mi coche es más pequeño que el tuyo, así que tendrás que

agachar la cabeza.

–Podemos ir en el mío si lo prefieres. Las llaves están dentro.

–Ah, mejor.

–Espero que no nos vea nadie…

–No te preocupes, el guardia de seguridad está de espaldas, vigilando la calle.

–En realidad me da igual, solo quiero estar a solas contigo.

–Paciencia, Hank. Prometo que merecerá la pena.

Subieron al Escalade y, unos segundos después, estaban en la carretera. Y aunque él era copiloto y tenía un gran sentido de la orientación, no era capaz de decir si iban al norte o al sur.

–Conduces como una loca.

–Aprendí en las autopistas alemanas, donde no hay límite de velocidad.

–Ah, no lo sabía.

–Hay muchas cosas que no sabemos el uno del otro –Gabrielle detuvo el coche unos minutos después y Hank escuchó… ruido de agua.

El lago Ponchartrain.

La puerta se abrió y ella le quitó la venda de los ojos. Allí estaba, Gabrielle frente al lago, los últimos rayos de sol creando un halo dorado a su alrededor.

Hank le dio la mano y pasearon durante unos minutos, en silencio, comunicándose como sólo podían hacerlo dos personas enamoradas.

Estaba anocheciendo y las luces de la ciudad empezaban a encenderse cuando Gabrielle se detuvo.

–Mi amor por ti es como este lago, poderoso y fluido, una fuerza de la naturaleza que no puedo seguir negando –le dijo, más seria que nunca. –Quiero estar contigo para siempre, aquí, en Bossier City, donde nos lleve ese amor.

Esa declaración era mucho más de lo que Hank había esperado y la tomó por los hombros, poniendo su corazón en unas palabras que llevaba dos años esperando pronunciar:

–Me enamoré de ti el día que te conocí, pero estoy dispuesto a esperar si eso es lo que necesitas, porque cada día contigo es mejor que una vida entera sin ti.

–Hank, te quiero tanto –Gabrielle tomó su cara entre las manos para besarlo, poniendo su alma en ese beso. –Te quiero más de lo que pensé que era posible amar a nadie. Y no quiero esperar, solo quiero que estemos juntos durante el resto de nuestras vidas.

Hank la tomó entre sus brazos.

–Si quieres que deje el Ejército, lo haré. Mi padre me ha ayudado a aceptar lo que pasó con Kevin… y ahora sé qué es lo más

importante para mí.

–¿No me has oído? He dicho que te quiero y que iré contigo donde nos lleve la vida. No tienes que dejar el Ejército por mí.

–Espera, deja que termine. Me gusta mi trabajo, pero tú eres lo más importante y no quiero perderte.

Gabrielle negó con la cabeza.

–Te quiero demasiado como para pedirte que dejes algo que es parte de tu vida. Lo único que pido es que seamos socios, que hagamos todo lo posible para que esta relación funcione y que tengamos un hogar permanente cuando te retires.

–¿Qué tal si vamos día a día? –sugirió él. –Si cambias de opinión, dímelo. He seguido los pasos de mi padre en muchos sentidos, pero yo tengo mis propias ambiciones y no siento el menor deseo de convertirme en general.

–Pero podrías serlo –insistió Gabrielle, con una fe en él que Hank agradecía.

–Quiero abrir una empresa y Nueva Orleans sería un buen cuartel general. De hecho, me gustaría comprar la casa en la que estamos viviendo ahora mismo, así empezaremos a echar raíces, me quede en el Ejército o no.

Una sonrisa de felicidad iluminó el rostro de Gabrielle.

–Mientras estemos juntos, sería maravilloso.

–Y en cuanto a mi familia…

–Aparte de ser encantadores, está muy bien tenerlos a manos para que cuiden de los niños.

–¿Los niños? –repitió Hank. –¿Me estás proponiendo que nos casemos?

–Tengo muchos planes para ti –respondió ella, sacando la venda del bolsillo. –Si tú estás de acuerdo.

Hank abrió los brazos.

–Soy todo tuyo, amor mío.

Epílogo

–*Laissez les bons temps rouler!* ¡Que empiece la fiesta!

Gabrielle Ballard Renshaw escuchaba los gritos mientras se abría paso entre la multitud que flanqueaba la avenida para ver el desfile de Mardi Gras, la popular fiesta de Nueva Orleans.

Y ella tenía ganas de fiesta.

La determinación de reunirse con su marido la empujaba mientras se abría paso entre la gente, algunos con sombreros, máscaras o los famosos collares de cuentas de Mardi Gras. Todas las farolas estaban encendidas, iluminando la calle por la que pasaba el desfile, su calle, con una banda de jazz tocando una canción de Louis Armstrong y la gente de las carrozas tirando collares sobre la pequeña multitud que era su familia, reunida en el jardín.

Gabrielle tocó la alianza de diamantes que llevaba en el dedo…

Se habían casado en una ceremonia sencilla, solo con la familia y unos cuantos amigos. Hank llevaba su uniforme de gala y un B-52 había volado por encima de la casa mientras salían de la capilla familiar de los Renshaw convertidos en marido y mujer.

Poco después, se les había ocurrido la idea de crear una organización benéfica para hijos de soldados muertos en combate que llevaría el nombre de Kevin. Hank y ella se amaban, pero sin olvidar al hombre que había sido parte integral de sus vidas, el hombre que los había unido.

Gabrielle miró a su precioso y sano hijo jugando con sus primos bajo un roble adornado con lucecitas de Mardi Gras. Leonie, que cuidaba de la casa cuando ellos estaban fuera y del niño cuando estaban allí, vigilaba para que no se hicieran daño.

Y, por fin, llegó al lado de su marido. Hank se apartó de sus hermanastros, que intentaban decidir cómo atar una piñata a un árbol, y la tomó por la cintura con sus fuertes y firmes brazos.

–Hola, señora Renshaw.

–Hola, comandante –dijo ella, jugando con los botones de su camisa.

–¿Qué ha dicho el médico?

–Que tenemos mucho que celebrar esta noche porque sí, estoy embarazada de siete semanas. Ocurrió durante nuestra luna de miel.

–¿Y eres feliz?

–¡Estoy encantada! ¿Tú no? –le preguntó ella, aunque podía ver

la repuesta en sus brillantes ojos azules.

Hank tomó su cara entre las manos.

–Max estará muy contento con una hermanita.

–Podría ser un hermanito.

–Pero es una niña –afirmó él, absolutamente convencido.

–Eres muy dominante, comandante Renshaw.

–Y gracias a Dios he encontrado a una mujer que es capaz de soportarme.

Y su vida era mejor de lo que Gabrielle había soñado nunca. Su madre le había hecho ver que no tenía que ser Superwoman, que podía cometer errores, que solo debía hacer todo lo que estuviera en su mano y aceptar lo mejor en los demás. Eso los había convertido en una familia.

–¿Vas a celebrarlo conmigo? –le susurró al oído.

–Vamos a celebrarlo ahora mismo –Hank miró hacia la calle. –*Laissez les bons temps rouler,* amor mío. ¡Que empiece la fiesta!

FIN